

Sylvia Visconti

265

La extrana boda de Glori Dunn



AÑO II

La Novela Ideal

Nº 5

La Novela Ideal

PUBLICACION MENSUAL

PRECIO: 2 PESETAS

REDACCION Y ADMINISTRACION: CANTERAS, 30

APARTADO DE CORREOS 17

LAS PALMAS

AÑO II

ENERO, 1939
III AÑO TRIUNFAL

N.º 5

Los

6

primeros números

N.º 1	CITY HOTEL	Rocq Morris
N.º 2	IDILIO BAJO EL TERROR	Laura de Cominges
N.º 3	MI MARIDO ES USTED	Sylvia Visconti
N.º 4	EL ENIGMA DE LOS OJOS GRISES	Laura de Cominges
N.º 5	LA EXTRAÑA BODA DE GLORY DUNN	Sylvia Visconti
N.º 6	PARIS - NIZA	Rocq Morris

PUBLICACIONES EXCLUSIVAS

de

La Novela Ideal



LA EXTRAÑA BODA DE GLORI DUNN

BIBLIOTECA
SAULO TORON

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento 423838
N.º Copia 423841

El Enigma de los Ojos Grises

En el número anterior—N.º 4 de nuestra colección—hemos publicado **EL ENIGMA DE LOS OJOS GRISES**, novela de misterio de **LAURA DE COMINGES**.

Obra maestra de la autora de **IDILIO BAJO EL TERROR**, sobrepasa por su pulcra calidad literaria, las marcas establecidas anteriormente por las publicaciones de este género, tan popular, **EL ENIGMA DE LOS OJOS GRISES** no es sólo una novela de misterio. Es, además, una gran novela. Ambiente, caracteres, tipos episódicos, todo está cuidado con el más escrupuloso esmero, hasta crear lo que llamaríamos "la atmósfera del suceso", tan importante en estos libros, lograda a lo largo de la narración con la mayor soltura.

IDILIO BAJO EL TERROR agregó al cuadro de los escritores nacionales la personalidad inconfundible de **LAURA DE COMINGES**. Con **EL ENIGMA DE LOS OJOS GRISES** se abre paso a la primera línea.

PUBLICACION EXCLUSIVA

de

La Novela Ideal

SILVIA VISCONTI

(Autora de "Mi Marido es Usted")

La Extraña Boda de Glori Dunn



PORTADA DE RAFAEL NIETO

PUBLICACION MENSUAL

Redacción y Administración: Canteras, 30

APARTADO 17

LAS PALMAS

Es propiedad EXCLUSIVA de *La Novela Ideal*. Todos los derechos reservados.

Primera edición,
Enero, 1939



I

EDUCACIÓN.



n el colegio de Alhayr de California, tercer grado, cuarto curso hay una alumna de diez y nueve años que se llama Glori Dunn. Junto a ella estudian y juegan y sueñan y se divierten, unas veinte muchachas de su misma edad, de su misma figura, unas rubias, otras morenas, otras de pelo rojizo como el de ella. Pero ninguna es "comparable a Glori Dunn", como han dicho los profesores, y las instructoras, y hasta los jardineros de Alhayr. ¿Por qué ninguna de aquellas jovencitas americanas puede comparársele? ¿Es acaso élla más guapa? No, la belleza oficial es la rubia Nancy Pat. ¿Más inteligente? Tampoco. Ahí está Margaret Dollan, con sus

gafas siempre clavadas en los libros, que es "el talento del colegio". ¿Por qué entonces aquella muchacha de cabello de cobre y ojos verdes y redondos resulta tan extraordinaria? Nadie lo ha sabido explicar.

Hay hechos misteriosos que nadie comprende pero que todos acatan sin chistar. Existe una palabra moderna para definir, aunque no muy claramente, el atractivo singular de Glori Dunn. Diremos, pues, que aquella estudiante de diez y nueve años tiene "ello".

Hace ya seis años que está en el colegio sin abandonarlo ni siquiera en vacaciones. Tendría que ir demasiado lejos cada seis meses para ver a su familia. Por otra

parte, es tan exigua su familia, compuesta de un solo miembro, que no vale la pena de tan largo viaje.

Cuando a los trece años quedó huérfana se decidió en consejo de familia educarla en América. Su tutor, Sir Donald Grey, opinó que siendo inglesa e hija de inglés, su puesto estaba en los colegios británicos. Pero unas frases en el testamento de su madre aclararon el problema. La madre de Glori era americana y "rogaba", al dictar sus últimas voluntades, que su única hija se educara en los Estados Unidos.

Nada podría ir mejor al carácter de la muchacha que aquel ambiente del mudo nuevo. Diríase que por sus venas sólo corría sangre americana. Amaba el deporte, la audacia, la libertad. En poco tiempo convirtióse en campeona de golf, de tennis y de natación. Pero, para suerte de sus maestros, también ganó los "campeonatos" de Física, Aritmética e Historia Universal...

A pesar de su larga permanencia en América, no había perdido su modo de hablar el inglés, co-

rrectamente, como un "Oxford's leader". Sus compañeras le decían que su lenguaje era pedante, pero Glori, que amaba orgullosamente a su patria, tenía a mucho honor aquella pedantería.

En Alhays todos querían a Glori. Sus maestros, sus discípulas, sus escasos amigos. Júzguese, pues, cuanta tristeza no sembraría en aquel pequeño mundo la noticia de su partida.

Sir Donald Grey daba por terminados los estudios de su sobrina y la llamaba a Londres.

—"Tienes que empezar tu vida de señorita"—le decía en una carta—. "Me temo que me costará mucho trabajo quitarte el aspecto de chico salvaje que traerás de ese país improvisado".

La joven lloró al leer estas líneas. Verdaderamente, nunca había pensado en serio en la posibilidad de abandonar algún día su vida de estudiante.

—Soy una señorita, se dijo muy seriamente. Y se miró al espejo con detenimiento.

—Soy una señorita — volvió a decirse entonces.—Pero no lo parece. Tiene razón tío Donald: se

avergonzará de mí cuando me tenga que presentar en las aburridas reuniones del Mayfair.

La imagen que se reflejaba en el espejo era la de una chica vestida con pantalón corto de dril, blusa masculina a cuadros, sin medias y calzada con zapatos de lona sin tacón. Tenía el cutis excesivamente tostado por el sol y el cabello cortísimo y rizado se alborotaba en lo alto de su graciosa cabeza como una cresta de color rojizo.

—Se acabó la juventud, concluyó Glori, haciendo un gesto de "good by" a su propia figura.

Se tendió en la cama boca abajo y comenzó a llorar.

En esta triste ocupación la en-

contra su compañera Margaret Dollan.

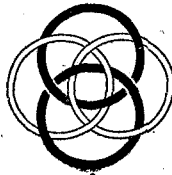
—¿Qué te pasa?, le preguntó.

—Algo horrible, Margaret—respondió la joven entre sollozos—. ¡Algo que te pasará a tí también, y a todas! ¡Me estoy despidiendo de mi juventud!

La muchacha no tuvo más remedio que reírse.

—Te ríes porque todavía puedes disfrutar de un par de años o tres—respondió Glori.—No tienes más que diez y siete y no sabes, no sabes...

Luego tendió la carta a su amiga y las dos estuvieron de acuerdo en afirmar que Sir Donald Grey era un monstruo de incomprensión.





SIR DONALD GREY



Sir Donald Grey, el tío de Glori Dunn, acababa de cumplir sesenta años. Precisamente en el día de su cumpleaños fué cuando escribió a su pupila la famosa carta llamándola a su lado. Juzgaba que era llegado el momento de organizar una vida "bien" a aquella muchacha que, hasta entonces, había gozado de una libertad "salvaje", en un país "inculto".

Reclinado en su amplio sillón al lado de la ventana, del que no solía moverse con frecuencia, fué recordando y répasando minuciosamente lo que habían sido esos sesenta años completos de su vida.

Poco había de extraordinario en su existencia. Tuyo una niñez vul-

gar de niño bien educado, una juventud estudiosa y aburrida. A los veintitrés años recibió el título de abogado y lo colgó en un marco dorado sobre la mesa de su despacho. Luego no volvió a acordarse de él. Tuvo caballos, coches, amigos... Llegó a los cuarenta años sin ilusiones especiales y un poco cansado de tanto tedio amontonado. Se casó entonces, enamorado, de una muchacha de buena familia que murió a los pocos meses.

—Sólo he conocido la felicidad de la vida durante medio año—se dijo a sí mismo—. No puedo decir que me ha tocado una existencia excesivamente dichosa.

Tampoco podía afirmar que fué desgraciado. Para ser desgraciado

hace falta entregarse más a la vida, poner en juego el corazón y jugarse los propios sentimientos con más audacia. Sir Donald no había tenido valor ni siquiera para sufrir intensamente.

Después de su viudez se retiró al histórico palacio de Alsbrand House en los alrededores de Londres. Allí se entretenía con sus perros y sus libros viejos. Algunos amigos se acercaban a visitarle, la vieja Emmi le preparaba platos exquisitos y su criado Lawrens le leía el periódico. Muy de vez en cuando aparecía en la capital, pulcramente vestido, para asistir a alguna fiesta distinguida o al Covent Garden. Le parecía que el teatro moderno era de "mal tono" y, por nada del mundo, habría frecuentado el cinematógrafo.

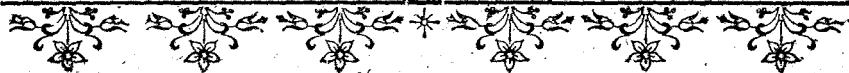
No puede decirse que aquel caballero a la antigua fuese un per-

sonaje triste. Simplemente, un ser aburrido. Su casa tenía el sello del aburrimiento y de la indiferencia.

En vida de los padres de Glori se rompía un poco este ritmo lento con las visitas del matrimonio acompañados de la niña. Pero después que desaparecieron el primo de Sir Donald y la Señora Dunn, no se volvió a turbar la paz sepulcral de aquel recinto. No se trataba con sus vecinos ni los vecinos debían tener interés en visitarle. "El conde", como lo llamaban por los alrededores, se había transformado en un ser siniestro para gran parte del vecindario de Alsbrand House.

A este ambiente, tan opuesto a su modo de ser, era al que iba a llegar de un momento a otro Glori Dunn, de diez y nueve años, educada en California, campeona de golf, de tennis, de natación, y sobre todo, de alegría...





LLEGADA INESPERADA



La sobrina llegará mañana en el "Queen Mary"—explicó Sir Donald a Lawrens—. Llámame temprano y dile a Harrison que prepare el coche para ir a buscarla.

—Está bien, sir—contestó el criado, que acababa de entrar—. Venía a anunciarle que hay en el vestíbulo una señorita que pregunta por el señor.

—¿Su nombre?, interrogó el anciano.

—No ha querido decírmelo, sir..., se disculpó Lawrens.

—¿Qué no ha querido? ¡Habrase visto la audacia de ciertas personas! ¡Díle que pase inmediatamente! ¡No dar su nombre! ¡En este siglo las gentes se avergüen-

zan hasta de sus nombres! Ellos sabrán por qué...

Sir Donald se paseaba a un lado y a otro refunfuñando nerviosamente.

Se abrió la puerta para dar paso a una muchacha elegantemente vestida, a la moda más moderna imaginable, que se abalanzaba hacia Sir Donald con los brazos abiertos exclamando:

—¡Tío, querido tío! ¡Abraza a tu sobrina!

—¿Mi sobrina?—interrogó asombrado el inglés, sin decidirse a recibir el abrazo de aquella desconocida—. ¿Es posible que sea usted mi sobrina? ¿Cuándo ha llegado el "Queen Mary"?

Glori se explicó en pocas pala-

bras. El "Queen Mary" no había llegado, pero élla sí. Había hecho el viaje en un barco de carga, bastante incómodo y sucio, pero le había costado la mitad de precio.

—¿Y por qué has hecho eso?, interrogó Grey.

La explicación no fué muy del agrado del anciano. Su sobrina empezaba a dar palpables pruebas de haberse "americanizado" en exceso. El dinero que él le había enviado para el viaje era suficiente, pero a última hora hizo un gasto extraordinario, un gasto inesperado y fuerte... Se había comprado un formidable perro dogo que ya se permitía el lujo de echarse sobre la alfombra de la biblioteca de Sir Donald.

—No iba a hacer el viaje absolutamente sola, tío—explicó la muchacha. — Además, he tenido el gusto de abrazarte un día antes.

Y diciendo esto volvió a rodear con sus brazos el cuello de su tío.

Largo rato duró la conversación sobre aquel viaje imprevisto. El aristócrata creyó que debía aprovechar la oportunidad para comprender a su sobrina y para ponerla un poco al tanto de lo que

debía ser su vida de ahí en adelante.

—Nada de extravagancias y libertades modernistas —le dijo—. Quiero que seas una señorita bien educada y discreta.

Glori lo prometió con ardor. Ya se sentía deseosa de verse convertida en "eso" que llamaba su tío una señorita.

—No te conocí al pronto—exclamó Sir Donald—. Estás extraordinariamente cambiada. Cuando estás callada pareces un retrato de tu abuela paterna. Pero, en cuanto hablas, se descubre inmediatamente el siglo XX.

—¿Mi abuela se estaba siempre callada?, interrogó con ingenuidad y picardía la chica.

—No digo eso, Glori—corrigió el tío—. Las mujeres de otros tiempos hablaban también, pero de otra manera más... ¡no sé cómo decirte!

—¿Más distinguida?, interrogó Glori.

—Sí—contestó Sir Donald—. Tu hablas como hablaba el cochero de tu abuela.

—Ahora te entiendo—concluyó la chica finjiéndose muy enfadada.

—En América ya no hay cocheros ni chóferes, ni nada de eso. Cada cual guía su propio automóvil. Yo misma sé conducir a 120 por hora. He aquí algo que no haría mi abuela, ¿eh?

Ni falta que le hizo nunca.

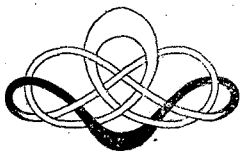
La discusión duró hasta la media noche. Tío y sobrina discutieron en el almuerzo, después del almuerzo, en la merienda, en la cena y siguieron discutiendo hasta la hora de irse a acostar.

Cuando Glori se metió por primera vez en aquella blanca cama que le había preparado cuidado-

samente su doncella Filis, y se dispuso a dormir el primer sueño de su nueva vida de "señorita inglesa", tenía los ojos llenos de lágrimas.

Cuando Sir Donald Grey se tendió sobre el lecho estilo victoriano que había velado su sueño durante sesenta años, se echó a reír y apagó la luz.

Dos mundos se habían encontrado y, cuando dos mundos se encuentran, hay uno que comprende y otro que se irrita. El que se irrita es siempre el más feliz, y el que comprende suele ser el menos dichoso...





IV

EL EQUIPAJE DE MISS DUNN



Glori Dunn había causado una desastrosa impresión entre la servidumbre de su tío. Aquellas gentes estaban acostumbradas a la paz tediosa del palacio de Alsbrand House y tomaban por indecoroso todo lo que no llevara el ritmo pausado de aquella moda. Los gritos de Glori pidiendo el desayuno a las siete de la mañana, sus saltos por las escaleras en pijama, sus besos apasionados sobre las orejas de su perro o de su tío, sus vueltas de carnero en la yerba del jardín, etc., tuvieron qué causar por fuerza una penosa sensación entre aquel mundo anticuado y pacífico.

Dos días después de la llegada de la muchacha apareció su equi-

paje, que habían detenido en la aduana por considerar que contenía contrabando.

En efecto, Glori Dunn no había tenido en cuenta este detalle cuando abarrotó sus maletas de cigarrillos para ella, y de buenos cigarrillos virginios con que obsequiar a su tío. También adquirió demasiadas docenas de medias de seda, que guardó sin ocuparse, siquiera, de quitarles las etiquetas. Todo se solucionó al fin pagando una crecida suma.

—Págalo de mi millón, tío, decía la chica.

Le habían dicho que había heredado de su madre un millón de dólares y no quería que por nada del mundo se gastase su tío ni cin-

cuenta céntimos en un pastel para ella sin sacarlo del famoso millón.

Cuando Filis empezó la laboriosa tarea de vaciar el tremendo equipaje de Miss Duna, se sintió incapaz de hacer sola tanto descubrimiento sensacional y llamó a la vieja Emmi para que se escandalizara con ella.

La ropa de Glori era, a juicio de ambas mujeres, demasiado moderna.

—En América no tienen pudor, sentenció la cocinera.

Junto al sin fin de trajes y de ropas interior aparecían mezcladas fotos de amigos y amigas y grupos que también escandalizaban a Filis y su compañera.

—¡Mira el retrato de este caballero!, gritó Emmi enrojeciéndose.

Y tendió a la doncella una foto del campeón olímpico Thomas Garvey en el momento de saltar al agua.

Al cabo de largos trabajos y no menos largos comentarios, llegaron a desempaquetar la última maleta. Esta se hallaba totalmente atestada de libros. En aquel momento aparecieron en la alcoba Sir Donald y su sobrina.

—¿Qué libros son esos?, preguntó el tío.

—Mis libros predilectos, contestó la sobrina.

—¿Tantos? ¡Dichosa tu que tienes tantos libros predilectos! ¡Yo he vivido el triple que tu y mis lecturas favoritas apenas ocuparían la cuarta parte de tu maleta!

—Porque no has leído las obras de Arnold Fischer, objetó altivamente Glori.

—En efecto —contestó el anciano—. No he leído nada de ese autor de moda.

—Pues toma, lee esto —ordenó la sobrina alargándole a su tío un tomo que se llamaba "Vida de Virginia"—. Este es el mejor libro que se ha escrito. Yo lo leo siempre. Durante el viaje lo leí tres veces. Lo leeré toda mi vida. Es mi historia. Virginia soy yo.

—¿Cómo?, interrogó asombrado Sir Donald.

—Quiero decir—explicó la muchacha—. Que yo soy Virginia.

—Sigo sin comprenderte.

—¡Oh, que torpe te pones! ¡El alma de Virginia es mi alma! ¡Es como si viese mi alma en un espejo! ¿Me comprendes ahora? ¿No

te has visto tu nunca en el espejo? Bueno pues, es como si yo me mirara en un espejo, en un espejo de almas... claro. Bueno, y de cuerpos también, porque Virginia tiene los ojos verdes, y el cabello color de fuego, y un lunar en la barbilla como yo.

Sir Donald Grey se reía oyendo a su sobrina explicarle con tanta exaltación aquello,

—Leeré el libro y te diré si me gusta. Pero desde ahora te advierto que si la protagonista se parece a tí no será una gran cosa...

—Me irritas, protestó Glori poniéndose muy seria.

Y luego, encarándose con su tío como un gran actor al finalizar el tercer acto, exclamó ahuecando la voz:

—Si no fuera por "Rac", estaría sola en el mundo.

—Más solo estoy yo—dijo entonces en distinto tono de voz el anciano—. Yo también tenía un perro, pero hasta los perros han muerto. ¡Triste cosa esta de ser superviviente de una generación que se ha marchado!

Entonces Glori se acercó a su tío y lo abrazó tiernamente.

—Que malo eres conmigo —le dijo—. ¡Decir que estás solo teniendo a mí! Te advierto que Robert Bath no opinaba que yo era tan insignificante.

Al decir esto hizo un gesto de coquetería areglándose el cabello.

—¿Quién es Robert Bath?

—Mi novio, contestó tranquilamente Glori.



EL CORAZÓN DE GLORI



Donald Grey encontró que no estaba bien que su sobrina fuese novia de un estudiante de Química y campeón de polo que contaba veintidós años y tenía la cara cubierta de pecas. Pero como era hombre de experiencia juzgó más prudente no oponerse a raja tabla a aquella correspondencia. Ya saldría el verdadero novio para Glori. Barajaba algunos nombres en su cabeza, pero todavía no había elegido definitivamente ningún candidato.

Ya estaban próximas las fiestas de Navidad en las que se haría la oficial presentación en sociedad de Miss Dunn.

En cuanto a lo que pensaba la propia Glori de su noviazgo, no

distaba demasiado de la opinión de su tío. No estaba verdaderamente enamorada de Roberto. Le dijo que sí una tarde al aire libre porque comprendió que esta era la contestación que agradaría al muchacho, y a ella le gustaba siempre dar gusto a la gente. Por otra parte, eran las vísperas de su viaje a Europa y se imaginó que una correspondencia amorosa, a través del Atlántico, tendría su encanto.

—Pero yo no me enamoraré sino de Héctor—decía para sí—. Héctor es mi sueño y yo he de encontrarlo.

Héctor era el romántico protagonista de aquella novela de Arnold Fischer, "Vida de Virginia",

que ella llamaba pomposamente "el mejor libro del mundo".

Mientras tanto, iban llegando puntuales las cartas del estudiante y alguna que otra foto que ella se cuidaba de prender por las paredes, mezclada con las de sus amigos y las de sus actores de cine favoritos.

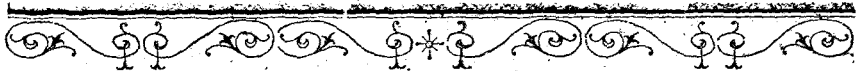
Glori contestaba a su novio cartas largas y sentimentales que era como si se las escribiese a sí misma. Divagaba sobre la vida, que no conocía, como si estuviese ya de vuelta. Soñaba sin freno.

Ya se acercaba el momento de trasladarse a Londres para asistir a fiestas y teatros y "ver el mundo", como suelen decir los novelistas, en una expresión que hace pensar que la vida en el campo es algo así como la vida en la luna.

Mientras tanto Glori no se aburría. Su tío le había proporcionado un caballo y galopaba todas las tardes por los alrededores seguida por su fiel "Rac" y por las reconvenções de Emmi:

—¡Cuidado señorita, que se va a matar!





VI

GLORI TIENE SUS AMISTADES

No llevaba todavía un mes en Alsbrand House y ya conataba Glori Dunn con ciertas amistades.

Tampoco sobre este particular tenían una opinión favorable los sirvientes del castillo. Encontraban poco "bien" las relaciones de la heredera de Sir Donald con los chicos de la alquería próxima.

Estos eran Jhon y Molly, un chico y una chica de diez y seis años, hermanos gemelos, alegres y sanos, que pronto se ganaron las simpatías de la recién llegada.

—Señorita Glori —dijeron los dos a la vez aquella mañana al ver aparecer a la joven acompañada de Rac—. ¿Sabe usted que la casa de las torres ha sido ocupada? La

ha alquilado un caballero que debe ser millonario.

—Sí—afirmó Molly interrumpiendo a su hermano—, en esa casa debe correr abundante el dinero. Han descargado lo menos doce carros atestados de muebles y cortinas y porcelanas y cuadros y...

—Y espejos y cajones y baules, completó Jhon.

—¿Es viejo?, interrogó Miss Dunn.

—Sí—respondió Molly—. El que parece el dueño de todo es un hombre de edad, pero lo acompaña un joven alto y distinguido.

—Otro millonario, seguramente, aclaró Jhon.

—Para vosotros todos son millonarios —dijo Glori—. Me gus-

taría saber que clase de gente son.

—Yo lo averiguaré—prometió el muchacho—. He oído decir que esa finca es de Lord Wray, pero nunca había venido a ella. Aquel caballero puede que sea su hijo.

—Menos mal que tiene un hijo, comentó la muchacha.

Cuando llegó a su casa, lo primero que hizo fué preguntarle a su tío si conocía al hijo de Lord Wray.

—Lord Wray no tiene ningún hijo, aclaró Sir Donald.

—¿Es simpático? interrogó Glori.

—Es una persona insoportable. Estoy reñido con él desde hace cuarenta y cinco años. En todo este tiempo no he encontrado una sola razón para reconciliarme.

—¿Tan grave fué la ruptura?

—No, al contrario — explicó Grey—. Reñimos por una discusión tonta en las carreras de Ascot. Corría un caballo suyo y un caballo mío ganó. No se sintió capaz de perdonarme. Es un estúpido. Tiene una casa cerca de aquí. Menos mal que nunca se le ocurre venir.

—¡Alto! —protestó Glori—. Sí se le ocurre. Se le acaba de ocu-

rrir y ya lo tienes instalado como un príncipe y acompañado por una especie de hijo alto y elegante que me tiene subyugada.

—¿Cuándo lo has visto?

—No lo he visto. Me lo figuro.

Si se parece a Lord Wray, más vale que no lo conozcas. No he visto hombre más detestable.

—Lo veré.

—Me gusta la manera de acatar mis órdenes.

—Perdona, yo no quiero decir que no vaya a acatar tus órdenes. Seré obediente, pero lo vere. Haré que las circunstancias sean las que me pongan en la necesidad de verlo. Así mi conciencia quedará tranquila.

Sir Donald se rió. Le divertía oír a su sobrina sus razonamientos disparatados y graciosos. Aquella criatura mal educada y salvaje había llevado a su casa una luz de optimismo y alegría que lo rejuvenecían.

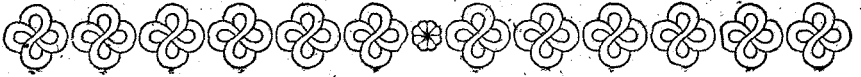
—¡Qué pena tenerte que cambiar Glori! —le decía con frecuencia.—Tal y como estás no podrás andar por el mundo. Tienes que convertirte en una Miss Dunn como lo han sido todas las Miss

Dunn que registra la historia: distinguidas, frías, elegantes... Como parecerás mediocre, te harán el amor los hombres de talento, pero como eres una muchacha inteligente y discreta te casarás con un imbécil.

—¡Protesto!, exclamó la joven irritada.

—¡Oh, eso es patrimonio del talento! ¡Las mujeres listas adoran a los idiotas!, concluyó Sir Donald.





VII

HUYENDO DEL AMOR



Lord Richard Wray no era precisamente un ser tan odioso como había dicho Sir Donald. Verdaderamente el mundo se divide en dos vastas mitades de gentes que se son simpáticas entre sí y antipáticas a los otros. Wray pertenecía a la mitad contraria a Grey. Eso era todo.

La mala suerte de Lord Richard consistió en tropezarse siempre en el mundo con gentes de la otra mitad. Incluso su mujer, de la que hubo de divorciarse, y sus criados, que le desvalijaron la casa en un verano. Sus perros y sus caballos, sin embargo, eran del grupo de perros y caballos que correspondía a los Wray. Aquel hombre de aspecto hosco era amado por

los animales. Por los animales y por un amigo incondicional y devoto. Pero el amigo había muerto. Ahora ocupaba su puesto un hijo de éste, joven e inteligente.

Lord Wray preparaba su equipaje para trasladarse a su abandonado chateau del campo, cuando le fué anunciada la visita del hijo de su amigo.

Buenas tardes, querido tío, dijo al entrar. Lo llamaba siempre cariñosamente "tío" porque sabía que esto agradaba al viejo.

—Buenas tardes. ¿Que te trae por aquí? ¿Te ha sucedido algo?, interrogó Wray reparando en que su gesto era manifiestamente malhumorado.

—Nada, nada —contestó el mu-

chacho—. Quiero ir con usted a donde vaya. Cruzar el mar cuanto antes..

Hay que advertir que esta conversación tenía lugar en un hotel de Boston, a donde había ido Lord Wray llevado por su afición invencible a las cañeras de caballos.

—¿Venir a Europa?, —interrogó sorprendido el anciano—. ¿Venir a meterte en mi aburrido *chateau* de Batle? Hasta ayer me parecías el hombre más feliz de Boston, encantado de la vida y de sus diversiones... y de Miss Sally Beck..

—Precisamente por eso quiero irme. Por esta vida de diversiones y, particularmente, por Sally...

—No te entiendo —exclamó Wray—. Mis Beck me parece una muchacha encantadora.

—Lo es.

—Y guapa.

—Lo es.

—Y simpática.

—Lo es.

—Y—terminó el anciano—bue-

na, distinguida y a propósito para ti.

—Eso es lo malo, tío —terminó el muchacho—. Si no estuviese tan llena de cualidades no huiría de ella. Pero como es linda y buena y encantadora, resulta una mujer terriblemente peligrosa. Terminaría casándome con ella.

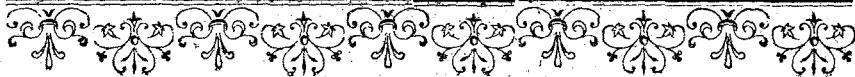
—¿Y qué hay de malo en eso?

—Hay que no puede ser. Cuando hablé ayer a mi madre de mis proyectos me pidió llorando que no lo hiciese. Luego me dió sus razones particulares.

—¿Sabe algo de Miss Beck que no le guste?

—Nada de eso —contestó vivamente el joven—. No es nada contra Sally en particular, sino contra mi posible novia, sea quien sea..

He aquí por que extraño: motivos abandonó su patria y llegó al *chateau* de Batle, huyendo del amor, un muchacho alto, guapo y de aspecto triste, que parecía ser hijo de Lord Wray, pero que no lo era.



VIII

PASEO A CABALLO



oy a hacer un paseo de exploración, anunció Giori aquel día al montar, muy de mañana, en su flamante caballo.

Y salió al galope, saltando por encima de la valla rústica con gran asombro e indignación de Lawrens.

—Esta señorita parece un muchacho — comentó con Emmi—. Mejor le hubiera valido a Sir Donald tener un sobrino que una chica. Por lo menos un hombre sirve para algo...

Giori estaba muy lejos cuando se concluyó aquella conversación que ya no iba siendo nada original por lo repetida.

Seguida por "Rac" se internó en la arboleda y siguió el amplio ca-

mino de Batle Hill que era siempre su predilecto por lo solitario.

Se paró un momento y miró para todos lados tratando de orientarse. Poco tardó en conseguirlo, porque tomó el camino de la izquierda que era muy angosto y sinuoso. A través de la espesura de los árboles se distinguían, lejanas, las torres del castillo de Lord Wray. Una viva curiosidad bullía en la cabeza de Miss Dunn. ¿Qué clase de sujetos serían aquellos señores que habitaban el cha-teau? ¿Sería verdaderamente guapo el joven que había parecido tan distinguido y cautivador a la infeliz Molly?

La sacó de sus reflexiones una nerviosa sacudida de su caballo.

Trató de hacerse con él, sujetándolo fuertemente por las riendas, pero nada consiguió. Había emprendido una loca carrera a través del peligroso camino. Glori era formidable caballista, pero sintió miedo en aquel instante. Tuvo que agacharse para impedir que las ramas de los árboles la hiriesen. Se abrazó al animal fuertemente y cerró los ojos. No los abrió ni cuando se sintió despedida bruscamente.

Había caído sobre un toldo de lona, lo que impidió que el golpe fuese de peligrosas consecuencias. El caballo, desbocado, siguió su carrera veloz a través del parque.

Glori se levantó dolorida y quejándose. De debajo de aquel toldo que había derribado con su cuerpo, salió un hombre malhumorado

—¡Ya podía usted irse a galopar por otra parte, muchacho!, exclamó.

—No soy ningún muchacho, contestó airada Glori, dejando ver su gracioso rostro.

—Perdone —rectificó el desconocido—. Como va usted vestida como un hombre..

—¡También usted va vestido como un chino y me parece que no es chino!

En efecto, aquel muchacho que leía plácidamente en el jardín del Chateau de las torres, sin esperar una visita aérea de nadie, vestía un pijama de estilo oriental.

La conversación se llevaba a cabo en el suelo. Ambos, sentados sobre la yerba, discutían con calor.

—Es usted bastante grosero, señor —exclamó Miss Dunn—. No me ha preguntado si me he hecho daño al caer.

—Ya veo que no —contestó el muchacho—. Por otra parte, pienso que es usted la que debía haberme hecho a mí esa pregunta. Ha caído usted sobre mis costillas.

—Perdóneme entonces. Le aseguro que lo hice sin querer. No tenía ninguna prevención especial acerca de sus costillas. Paseaba simplemente y mi caballo se desbocó.

—Habría pasado usted un gran susto, dijo entonces en tono más amable el joven, dándose cuenta de que aquella muchacha que le

venía de las nubes era un ser bastante agradable.

—No señor —contestó ella dignamente—. Soy una mujer valiente. Mi lema es: “No tengo miedo a nada. Adoro la vida. Detrás de todo encuentro la felicidad.”

—Me parece que conozco ese lema, exclamó sonriendo el desconocido.

—¿Ha leído usted la “Vida de Virginia”? preguntó Glori alegremente.

—No.

—¿Entonces?, volvió a preguntarle la chica.

—La he escrito.

Los ojos de Glori se dilataron y lanzó un ¡Ahhh! de felicidad.

—¡Qué maravilla! —exclamó fendiendo ambas manos al muchacho—. ¿Es posible que sea usted Arnold Fischer? ¿No me engaña?

—¿Por qué engañarla?, —respondió Arnold. Y luego añadió.

—No encuentro que la cosa tenga nada de maravilloso.

Glori estaba transportada de alegría. Nunca esperó nada tan estupendo de los desconocidos habitantes del castillo de las torres. Daba por bien empleada la caída,

solo por haber tenido la felicidad de conocer en carne y hueso a Arnold Fischer.

Trató de levantarse, pero no le fué posible. Sentía fuertes dolores en todo el cuerpo y a cada movimiento tenía que lanzar un agudo ¡Ay! contra su voluntad.

—Veo que está usted menos valiente ahora,—exclamó en tono de broma el escritor.

—No es falta de valor —objetó ella—. La propia Virginia gritaría si le doliesen las espinillas como a mí.

En vista del fracaso de una última tentativa para moverse, se dirigió a Fischer diciéndole:

—En su caso, cualquier hombre me habría tomado en sus brazos para llevarme a algún sitio donde me pueda curar de mis heridas. Es lo que hubiera hecho Hector...

Arnold obedeció aquella especie de velada orden y cogió a la muchacha para transportarla a un banco.

—No creo que tenga usted heridas, precisamente —le dijo al depositarla en aquel lugar—. Serán simplemente verdugones...

Así era en efecto. Las heridas de que había hablado Glori para darse importancia no existían. Lo más grave que le sucedía era la torcedura de un pie. Se quitó el zapato y empezó a moverlo trabajosamente. Arnold, sin decir nada, tomó aquel piececito entre sus manos y lo acarició durante un rato.

—Este masaje le vendrá muy bien —exclamó—. Pero mucho me temo que no pueda salir de aquí por sus propios pies. ¿Me permite que la lleve en mi coche hasta su casa?

—¡Oh, sí! —aceptó ella—. Mi tío me regañará porque vaya sola con un desconocido y así tendremos entretenimiento durante todo el almuerzo.

—¿Le gusta a usted que la regañen?

—Sí —contestó resueltamente ella—. Adoro que me regañen. Eso me da fuerza para vivir. Cada regaño me sirve para tomar carrerilla. Me dá valor, me tonifica...

—Lo celebro, señorita Desconocida. ¿Será usted tan gentil de decirme su nombre para cuando se me ocurra regañarla?

—¿Mi nombre?... ¡Ah!... Sería ridículo que me llamase usted miss... —Y después de reflexionar un rato decidió—: Me llamó Virginia.

—Está bien, Virginia, espere un momento mientras me visto. Creo que el regaño de su tío adquirirá proporciones insospechadas si apareciera usted acompañada de un desconocido en pijama.

—Opino igual. Aquí le espero.

Arnold Fischer fué rápido en hacer su toilette. Verdaderamente que resultaba un muchacho muy guapo y simpático aquel amigo de Lord Wray... Todo lo que había soñado Glori respecto a su autor predilecto se veía realizado.

—Es alto, moreno, guapo, atractivo... —se dijo a sí misma—. ¡Todas las mujeres del mundo deben estar enamoradas de él!

Naturalmente que Glori sabía que entre todas las mujeres del mundo, entraba ella misma.

Durante el camino hablaron poco. El escritor parecía preocupado, cosa que a juicio de su admiradora lo hacía aparecer más interesante. Cuando llegaron a la verja de Alsbraud House, Miss

Dunn se volvió a Arnold para decirle:

—Opino que debe usted besar me.

Arnold obedeció gustoso. Y entonces la muchacha explicó sus palabras.

—Resulta que escribo un diario —dijo— y la aventura de hoy será una de sus páginas más mara-

villosas. Para que sea completa hacía falta que usted me besara. No sería capaz de escribirlo si no hubiese sucedido de verdad.

—Es una prueba de honradez profesional, comentó Arnold.

Y estampó un segundo beso en la mejilla de Glori en señal de aprobación.





IX

NOVIEMBRE



El mes de Noviembre transcurrió para Glori Dunn como en un sueño.

Cada mañana salía a pasear y se encontraba con su nuevo amigo. Juntos se sentaban sobre los troncos de los árboles y charlaban largamente.

—Estoy encantada de haberlo conocido—exclamó la joven aquella mañana, antes de separarse de Arnold—. Usted es la única persona de quien me dejaría dominar. Nadie lo ha conseguido todavía. Ni mis maestros, ni mi tío, ni nadie...

—Pero yo no lo intentaré, respondió en tono enigmático Arnold.

—¿Por qué? interrogó la muchacha.

Porque no tengo derecho, res-

pondió el escritor con tristeza en la voz.

Y luego añadió:

—Nuestra amistad es peligrosa.

—Para mí no, contestó Glori.

—Es porque usted ama el peligro —atajó Fischer—. Pero yo lo conozco demasiado para amarlo.

—No me hable de esa manera, amigo mío —rogó Miss Dunn—.

Me molesta que las personas mayores que yo me echen en cara su experiencia. No se trata ahora de amar o no el peligro, sino de amarnos o no el uno al otro. Yo le quiero a usted y usted siente cierta pequeña inclinación por mí ¿no es eso?

—No es eso.—respondió resuel-

to Arnold—. Pero no le diré lo que es.

—Dígame por favor... insistió Glori.

—Tendré que regañarla si sigue así —exclamó Fischer—. No está bien que una muchacha diga lo que usted ha dicho.

—¿Opinaba igual al escribir "Virginia"? Me parece que no, ¿eh? Virginia decía muchas más cosas que yo, todavía hoy, no me he atrevido a decir ni a hacer. Pero puede que mañana las haga y las diga. Virginia besaba a Héctor en los ojos cuando él dormía. No le aconsejo que duerma nunca cerca de mí si le molesta mucho que le besen en los ojos...

Glori hablaba con calor, precipitadamente, con toda la fuerza apasionada de su ingenuidad. Arnold la escuchaba en silencio.

—Es tarde —dijo la muchacha. —Me voy corriendo de aquí. Veo que le molesta a usted mi presencia.

—No, Virginia —contestó el muchacho—. Me encanta su presencia y adoro su conversación. Eso es lo peor... Ya le he dicho

que yo no tengo derecho... Es usted demasiado encantadora. ¿Me comprende?

—Sí—respondió resuelta Glori—. Le comprendo muy bien porque es una cosa que he oído millones de veces. Robert lo estaba repitiendo siempre.

—¿Quién es ese Robert?

—Mi novio, contestó la muchacha con naturalidad.

Arnold Fischer no pudo por menos que reírse.

—Se ríe usted de él, ¿verdad?—interrogó Miss Dunn—. Pues es un hombre mucho más sugestivo que usted. El sí que se reiría al ver a un hombre tan... tan... No encuentro una palabra correcta para decir lo que pienso.

—Un hombre tan tonto, quiere usted decir, ¿no es eso?

—¡Un hombre tan horriblemente indiferente conmigo!, exclamó a grandes gritos Glori y rompió a llorar apoyando su frente contra un árbol.

Arnold se acercó a ella. Aquella muchacha mal educada y alegre lo atraía demasiado. Luchaba en vano por vencer aquella atracción.

—No me diga nada. —atajó Glo-

ri—. Me molesta que me compadezcan. No sufro nada, se lo aseguro. Lloro por gusto, por que quiero. Porque soy feliz llorando de tarde en tarde.

El escritor enlazó su cintura fuertemente y le dijo al oído:

—Créame, Virginia. El que debía llorar ahora era yo y, sin em-

bargo, ya lo vé: no lloro. Aprenda de mí a ser valiente...

Miss Dunn lo miró con sorpresa. Luego secó sus lágrimas y le tendió la mano.

—Adiós —le dijo—. Me voy con el sabor de esas palabras buenas.

Y de un salto se montó en el caballo perdiéndose entre los árboles al galope.





EL PELIGRO



Arnold Fischer entró en el despacho de Lord Wray con aire preocupado.

—¿Que te sucede, muchacho?, interrogó el aristócrata.

—Soy una víctima del destino— contestó Arnold—. Creí que viniendo con usted a Europa se curarían mis pequeños conflictos sentimentales, y no ha sido así...

—¿No logras olvidarte de Sally?, preguntó Wray, muy seguro de haber dado en el clavo.

—Al contrario, respondió el escritor.

—¿Entonces? —volvió a preguntar Lord Richar con estupor.

—No comprendo que es lo que llamas tus conflictos sentimentales.

—Eso precisamente —exclamó

el muchacho—. Tanto he hecho por olvidarme de Sally que creo haberlo conseguido.

—¿Y ahora sientes remordimientos?

—No —dijo Fischer—. No lo siento porque pienso que a ella le habrá pasado lo mismo. Lo nuestro no fué un gran amor... Ahora que lo veo a distancia me parece que no tuvo la categoría que le atribuí en un principio.

—Entonces no te entiendo —insistió Wray—. O me lo explicas todo mas claramente o creeré que estás loco.

—Cuando se lo explique bien es cuando se convencerá usted de que estoy loco.

El anciano esperaba la confiden-

cia con mucha curiosidad. Quería al hijo de su amigo como podía haber querido a su propio hijo, si Lady Wray se lo hubiese dado, y los problemas del muchacho le inquietaban como suyos.

—Abreme tu corazón como en una novela—le dijo—. No quiero que tengas ninguna incertidumbre o zozobra desconocida para mí.

—Vine aquí huyendo del amor y... ¿se figura con lo que me he encontrado?

—No.

—Con el amor...! Con el amor en la figura de una muchacha encantadora! Sally Beck me parece ahora una muñeca de porcelana que no puedo querer. ¡Oh, Sally no sabía insultarme, ni darme golpes con la punta del pie, ni llorar apoyada en los árboles como Virginia...!

El estupor de Lord Wray fué muy grande. Comprendió que Arnold no se había equivocado al anunciarle que lo iba a tomar por loco cuando oyera sus confidencias.

—No veo,—dijo— que ninguno de los atractivos que has enumerado de esa muchacha sean nada

muy adorable. Por lo visto es una salvaje.

—Si —respondió orgulloso Arnold—. Una salvaje, mal educada, voluntariosa, independiente... Me he pasado la vida describiendo esa mujer en mis libros, pero nunca creí llegar a encontrarla.

—¿Y ella que piensa de tí?

—Ella, ¡ah!, ella piensa de mí demasiadas cosas buenas que me hacen desgraciado. Me ha dicho cincuenta veces que me quiere sin que yo se lo haya preguntado.

—Veo que es bastante sincera... y espontánea. Más vale que las muchachas se esperen a que les pregunten los hombres ciertas cosas, ¿no opinas? Así está establecido al menos y encuentro que resulta mejor...

—Usted sabe muy bien que yo no tenía derecho a preguntárselo y por eso era necesario que ella lo confesara.

—¿Qué piensas hacer?

—No sé —respondió Arnold inquieto—. ¿Tendré que pasarme la vida huyendo? Usted ya sabe que por desgracia no soy libre por ahora. Me parece que mi deber es apartarme del camino de Virginia.

Si es necesario sufrir, sufriré yo solo. No nos hemos tratado mas que durante un mes y no puede ser muy profundo su cariño.

—Ni el tuyo, afirmó filosóficamente Lord Wray.

—El mío sí — protestó Arnold

—El hombre es infiel a todo me-

nos a su propia obra, y Virginia es mi obra. Es la mujer que he descrito en más de veinte novelas.

Al verla en cuerpo y alma, como arrancada de las páginas de mis libros, es necesario que me enamore de ella para siempre.



DECEPCIÓN



lori no había interrumpido sus paseos. Quería aprovecharse bien de los últimos días que le quedaban de permanencia en el campo. En cuanto llegase Diciembre, ya le había dicho su tío que se trasladarían a Londres a disfrutar de la vida mundana y divertida.

La muchacha no mostraba la menor prisa por empezar su temporada de gran mundo. La cosa no sorprendió a Sir Donald, conociendo como conocía el carácter arbitrario de su sobrina.

Glori había ocultado a Grey su amistad con el escritor. Supuso que por tratarse del íntimo de Lord Wray no sería cosa de su agrado, y prefirió volverse reser-

vada a poner en peligro sus deliciosos paseos en compañía "del adorable Arnold".

Pero a partir de aquella mañana, en que se despidieron tan extrañamente, no habían vuelto a verse. Parecía como si la tierra se hubiese tragado al forastero. En vano fué que la muchacha lo esperara horas enteras y recorriese los caminos habituales. Por ninguna parte lo encontró. Así transcurrió una semana, al cabo de la cual Glori pensó:

—Tengo que tomar una decisión inmediatamente.

Y la decisión fué plantarse sin más ni más en casa del escritor.

Le salió a abrir un anciano criado al que preguntó:

—¿Está en casa el señor Fischer?

—No señorita —le contestó el sirviente—. Hace días que partió para su país.

—No es posible —exclamó la muchacha con estupor—. ¡Usted se burla de mí! ¡No puede ser que Arnold se haya marchado sin decirme nada!

Entonces el criado interrogó:

—¿Es usted por casualidad la señorita Virginia?

—Sí, respondió Glori.

—Pues en ese caso, tengo una carta para usted. Sir Arnold la dejó antes de marcharse.

Al cabo de un rato volvió el criado con un abultado sobre gris que contenía la carta de Arnold Fischer.

Glori la tomó con avidez y se marchó a un apartado rincón para leerla. Decía, así:

“Mi adorada Virginia:

Sé que me llamarás “imbécil y

grosero, etc.” por haberme marchado sin decirte adiós.

Muchos más insultos me he dirigido yo a mí mismo, pero ha sido por haber venido a Batle.

Yo no tengo la culpa de esto. El destino coloca a nuestras vidas en estos trances tan amargos y absurdos.

Temí llegar a enamorarme demasiado de tí y por eso opté por la única solución posible: marcharme inmediatamente.

Sé que tu sentirás que me vaya, pero pronto te olvidarás de mí porque no en vano tu lema es “encontrar la felicidad detrás de todas las cosas del mundo”.

Así lo espero y lo deseo.

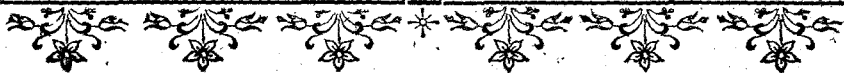
Si no es así, quizás volvamos a encontrarnos algún día.

Como ahora no soy libre para quererte y para que me quieras, me marchó como un malhechor.

Besa respetuosamente tus cabellos color de fuego,

Arnold.”





XII

OTRA CARTA



uando Glori llegó a su casa lloró y se desesperó. Insultó a Arnold como él lo había previsto y maldijo la hora en que vino al mundo el autor de "Virginia" y ella misma.

—Los hombres son unos villanos—exclamó empleando una frase de melodrama sin darse cuenta—. Ha visto que lo quería y se ha cansado de mí. ¡Lo odio, lo odio, lo odio...!

De sus pesares nada comunicó a su tío. Era generosa y por nada del mundo hacía coparticipes de sus desdichas a los demás.

Pensó en presentarse ante Lord Wray y "hablarle claro", lo cual significaba poner verde en sus na-

rices al hijo de su amigo. Pero desechó esta idea por parecerle poco consoladora.

Finalmente decidió una cosa insólita y que no venía a cuento con el asunto.

Cogió la pluma y dirigió una carta airada a su novio olvidado. Al pobre Roberto Bath, que nada había tenido que ver en todo aquello.

"Roberto —empezaba la carta—: detesto a los hombres. Sois todos unos canallas capaces de atormentar a la mejor de las mujeres con vuestras brutalidades. Sé que tarde o temprano me harías desgraciada y te gozarías en ello. Pareces bueno porque toda-

vía eres joven, pero te convertirás en un monstruo dentro de poco. Te detesto.”

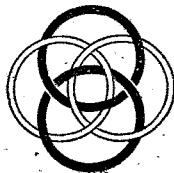
Había desahogado todo su furor contra Arnold Fischer en el infeliz Roberto.

Durmió tranquila y soñó que se encontraba con el escritor y lo abofeteaba.

Esto le dió ánimos para conti-

nuar durmiendo y para desayunar con apetito al día siguiente. A cada momento cerraba los ojos para representarse la adorable escena de las bofetadas.

Había otra escena que recordaba también con deleite, pero para la cual no necesitaba cerrar los ojos; era aquel beso que le dió Arnold el día en que se conocieron.





XIII

DESCUBRIMIENTO

Pasaron los días largos y tristes para Glori Dunn. Esperaba recibir una carta de Arnold explicándole lo que le sucedía y arrepintiéndose de una huida tan desconcertante. Pero aquella carta no llegó. El cartero, que raras veces entraba en el chateau de Alsbrand House, llevó correspondencia de todas clases, cartas para tío Donald, epístolas desesperadas de Roberto, telegramas de Christmas... pero no aparecía la letra, que ella juzgaba maravillosa, de Arnold Fischer.

En visperas de su traslado a Londres volvió a pensar Glori en el primer proyecto que se le ocurrió a raíz de la marcha de su ídolo. Ir a visitar a Lord Wray.

Llegó al jardín con paso decidido y secreta esperanza de encontrar una rendija para su ilusión. Nadie salió a recibirla a la cancela de hierro y siguió paseo adelante hasta entrar en el hall. Allí vió gran movimiento de maletas y baules entre los que trajinaba el criado que se acercó a ella preguntándole que deseaba.

—¿Está Lord Wray? preguntó Glori con cierto temblor en la voz.

—No, señorita—contestó el ayuda de cámara—. El señor ha salido y no regresará hasta la noche.

La decepción se pintó en el semblante de la muchacha. No quería marcharse de aquella casa sin ha-

ber averiguado algo, y para ello trató de entablar conversación con el sirviente.

—¿Está usted preparando el viaje de su amo, verdad?, interrogó.

—No, señorita —respondió el criado—. Lord Wray no piensa marcharse por ahora. Este es el equipaje de Sir Arnold.

—¿De Sir Arnold? —volvió a preguntar Glori, al tiempo que se ponía encarnada como una amapota—. ¿Pero Sir Arnold no se había marchado hace más de quince días?

—Sí, señorita. Pero su viaje fué muy precipitado y no llevó consigo más que un maletín de mano. Dijo que nos telegrafiaría diciéndonos a donde habíamos de mandarle sus maletas y hoy lo ha hecho.

Un estremecimiento se apoderó de la muchacha. ¡Aquellas eran las maletas del hombre que quería! ¡De su ídolo! Sintió la curiosidad de mirar con detenimiento aquellos efectos que pertenecían a su Arnold. Llevada por tal deseo se acercó a una mesa donde había gran cantidad de objetos amonto-

nados que iba tomando el criado para introducir en los baules.

Tomó en sus manos un marco plateado y vió con sorpresa que contenía una foto de mujer. Una muchacha lindísima en traje de soiree. Iba tiernamente dedicado “A mi Arnold querido, de su Sally”.

Glori creyó que iba a perder la serenidad necesaria ante aquel descubrimiento.

—¡Bah! —pensó—. ¿Qué hombre no tiene una foto dedicada así?

Pero mientras se hacía semejante reflexión, sus ojos alcanzaron a ver otros tres o cuatro marcos con distintos retratos de la misma muchacha. Luego ojeó un album y pudo comprobar que estaba totalmente ocupado por aquella cara graciosa y risueña. Cada foto llevaba una dedicatoria expresiva, que no dejaba lugar a dudas sobre la clase de relaciones entre aquella mujer y “el adorado Arnold”. No podía ser su hermana, ni su prima, ni nadie de su familia.

—Su novia o su mujer, dijo

en voz alta sin reparar en la presencia del criado.

Este aclaró sus dudas:

—Su novia, señorita, dijo.

Glori volvió a la realidad al oír estas palabras y soltó con furia los refratos.

—Es una muchacha muy guapa —dijo encarándose con el ayuda de cámara de Lord Wray—. Pero tiene cara de atrasada mental. ¿No opina usted lo mismo?

El criado enmudeció respetuosamente.

Glori salió a grandes pasos insultando entre dientes a aquella desconocida.

Cuando llegó a su casa le comu-

nicó a su tío un descubrimiento que había hecho.

—Encuentro —dijo— que en los buenos colegios nos dan una educación defectuosa. No se nos enseñan más que algunos insultos anodinos. Tengo necesidad de saber unos cuantos más fuertes. Hacen falta en ciertas ocasiones de la vida.

—¿Piensas convertirte en una chiquilla mal hablada?

—No —aclaró la joven—. Mal pensada solamente. Es para decirlos in mente. El tener malos pensamientos es lo único que podemos permitirnos las señoritas de buena familia.



XIV

ACCIDENTE



Después del desencanto sufrido, Glori perdió un poco de su buen humor habitual. No quería confesárselo a sí misma, pero se hallaba bajo el peso de un desencanto amoroso como cualquier heroína de un cuento romántico a las que creía no parecerse en absoluto.

—Mañana salimos para Londres —dijo aquella mañana Sir Donald Grey—. Tenlo todo preparado para el viaje, pues el coche vendrá a buscarnos temprano. Te noto un poco aburrida y tristoná. Esta vida de campo no está hecha para las señoritas de diez y nueve años, sino para los viejos como yo. Ya verás cuando estemos en

Londres como te vuelve tu alegría de siempre.

Glori no se preocupó de contradecirle. Sabía muy bien, sin embargo, que aquellos campos que habían sido el teatro de sus días felices le atraían más que el mundo agitado de la capital.

Salió al porche a despedir a su tío que iba a hacer algunas visitas antes de marcharse. El anciano montó en el automóvil y dijo adiós con la mano a su sobrina. Esta volvió al interior del palacio y se dedicó a acondicionar en distintos búcaros las flores que acababa de cortar en el jardín.

Cuando terminó su tarea se dirigió al piso superior con inten-

ción de ir preparando su equipaje para el próximo viaje al que iba con tan pocas ilusiones y tan menguada alegría.

Ocupada en sus maletas y sus pensamientos se encontraba, cuando oyó ruido en el jardín. Distinguió las voces de los criados que gritaban y se lamentaban con toda la ruidosidad con que suelen hacerlo las gentes de campo. Un súbito pavor se apoderó de ella y se asomó inmediatamente a la ventana.

Creyó perder el conocimiento ante el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

Entre Lawrens y el jardinero traían cargado a su tío Donald. El anciano se hallaba verdaderamente bañado en sangre y lanzaba un leve quejido de dolor.

Glori bajó las escaleras a saltos y se acercó, pálida y temblorosa a Sir Donald, que había sido depositado en su lecho.

—¿Que pasa? — preguntó—. ¡Dios mío, que desgracia!

—Un accidente —explicó Lawrens—. Al tomar una curva se han despeñado.

—¡Un médico! —gritó la mu-

chacha—. ¡Llámen a un médico inmediatamente!

El anciano había recobrado el conocimiento y llamaba a su sobrina.

—Tío —dijo esta—, ya van a buscar al médico. ¿Sientes grandes dolores?

—Siento que voy a morir, contestó serenamente Grey.

Glori no pudo por menos de echarse a llorar.

—¡Morir no! —protestó—. El doctor te curará enseguida. No pienses en eso.

Pero, desgraciadamente, las impresiones que dió el médico fueron muy poco satisfactorias. El estado de Sir Donald ofrecía serios cuidados. Luego pasó a ver al chofer que se hallaba levemente herido.

Toda la tarde se pasó en una angustia creciente.

Glori no se apartó del lado de su tío ni permitió que el médico lo hiciese.

—No hay esperanza, señorita—, dijo el doctor al anochecer—. La naturaleza de Sir Grey está muy gastada y no ha reaccionado. Me

temo un triste desenlace para dentro de pocas horas.

El eco de los llantos de Glori llegaron hasta la cabecera del enfermo.

—No llores, hija mía —le dijo con un hilo de voz—. Ya estoy viejo y no me quedaba nada que hacer en la vida. Mi único dolor es dejarte. He conocido la felicidad de vivir con un ser alegre y bueno en mis últimos días. Dios te lo pague. Sé feliz.

Sus labios se cerraron y Glori se inclinó para besar aquella frente. En poco tiempo había tomado un entrañable cariño a su tío y sentía su muerte hondamente.

—Hay algo importante que quisiera decirte —exclamó de nuevo el anciano—. No puedo morirme sin comunicarte algo que me ha sido encomendado.

Glori lo escuchaba con atención y son sorpresa.

—Se trata de la última voluntad de tu padre—continuó Grey—.

Estaba encargado de comunicártela el día de tu mayoría de edad o antes, si el destino se encargaba de separarnos. La hora ha llegado.

Un hondo suspiro se escapó de los labios de Sir Donald.

—Me faltan las fuerzas —exclamó el anciano—. Escúchame con atención. En mi *secretaire* hay una gaveta; dentro de ella se halla una caja antigua de ébano; la llave la encontrarás en mi llavero. Abrela. Dentro de esa caja está la última voluntad de tu padre. Haz lo que él te pide.

Se interrumpió, faltó de fuerzas, y luego concluyó:

—Haz lo que te pide tu padre. Nunca se arrepiente uno de hacer la voluntad de sus padres. Acuérdate que yo te lo digo en el momento de irme de este mundo que he conocido durante más de sesenta años...

Aquellas fueron las últimas palabras de Sir Donald Grey.

Después entró en una agonía rápida y expiró en brazos de Glori, clavando su mirada tierna en los ojos de su sobrina.

Por primera vez en su vida pasaba Miss Dunn por un gran dolor. Era demasiado niña cuando la muerte de sus padres para darse cuenta exacta de la desgracia.

—Estoy sola—se dijo para sí—.

El pobre tío Donald nunca me pareció nada de particular, pero ahora comprendo todo lo que significaba para mí. Al faltarme él me falta la última tabla a donde asirme en la vida. Me he quedado SOLA...

Gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¡Si estuviera aquí Arnold!— pensó—. ¡El no me abandonaría!

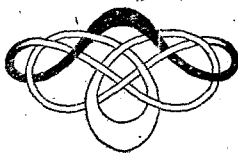
Pero pronto cambió de opinión.

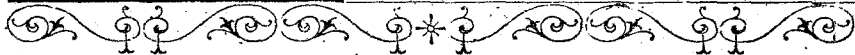
—Sí, me abandonaría por segunda vez después de haberme he-

sado y haberme dicho tantas cosas buenas. Se iría con aquella novia horriblemente bonita...

Nadie acompañó a Glori en su dolor, a excepción de los criados. Alsband House estaba lejos de Londres y en los alrededores no tenían amigos.

Buscó un traje negro entre su equipaje y se colocó al lado del ataúd de Sir Donald, sin dejar de mirarlo. Tenía clavadas en la memoria las últimas palabras del difunto...





XV

UN DOCUMENTO TRASCENDENTAL

Sir Donald Grey fué enterado al día siguiente y lo acompañó un exiguo cortejo.

Era una mañana fría de Diciembre y la nieve caída durante la noche prestaba un aspecto triste y plácido a los campos.

Glori, desde la ventana, vió marchar la triste comitiva por el blanco sendero. Lloraba amargamente en silencio. ¿Que iba a ser de ella? ¿Hacia donde volverse en aquellos momentos? Siempre se creyó muy valiente, pero entonces empezaban a faltarle las fuerzas.

Ese mismo día se dispuso a cumplir la recomendación que le hiciera su tío en los últimos momentos. Buscó el llavero y abrió la ca-

ja de ébano en la que había un apultado sobre amarillento donde se leía las siguientes palabras: "Para mi hija Glori".

La muchacha reconoció en el acto la letra de su padre. Dentro de aquel sobre se hallaba sin duda la última voluntad de Lord Dunn, de que le había hablado su tío. Lo abrió con dedos temblorosos y sacó los pliegos que contenía. Estaban redactados en forma de carta y decían así:

"Querida hija: eres muy niña todavía y la muerte viene a separarme de tí. Si ahora te explicara lo que voy a escribir en este papel no lo comprenderías, por eso dejo dispuesto que lo leas cuando ten-

gas veinte años o antes si es necesario. El tío Donald te entregará esta carta”.

—Glori leía con intensa emoción:

“Cuando vuelvas del colegio serás ya una mujer. Pero no encontrarás, como la mayoría de tus compañeras, un hogar organizado y unos padres que velen por tí. Recordarás, seguramente a Mrs. Carolina Mandel, la gran amiga de tu madre”.

Glori se detuvo un momento en la lectura. Recordaba en efecto a Mrs. Mandel, a la que ella llamaba “aunt” Carolina en sus felicitaciones de Christmas, que siempre eran contestadas. Sabía la muchacha que no era su tía, sino una amiga íntima de sus padres. ¿Qué tendría que ver aquella señora en su vida? Prosiguió ávidamente la lectura de la carta:

“Tu madre pensaba mucho en el momento en que te ibas a ver sola en el mundo. Ya el médico había diagnosticado la enfermedad que hoy me aniquila y ella sabía que no tardaría en seguirla. “Aunt” Carolina y yo la velamos en el lecho de muerte. Sus últimas

palabras fueron para pedirnos a ambos la promesa de que velaríamos juntos por tu porvenir. Llegó su previsión de madre hasta a pensar, en aquellos momentos desesperados, en el marido que iba a corresponderte en la vida: ninguno mejor, para hacerte feliz, que el hijo de su gran amiga, y así esta le prometió hacer cuanto estuviese en su mano por que su sueño se realizase. Ella, desde entonces, educa a su hijo para tí. Tu se digna de ese hombre que será el día de mañana Axel Mandel.

Ya conoces el último deseo de tu madre que, al despedirme de tí, hago mío también. En tía Carolina, además, encontrarás una segunda madre.

En tus manos queda el cumplir los deseos de unos padres que tanto te han querido”.

El estupor de la muchacha era indescriptible. ¿Como no le había dicho nada antes tío Donald! ¿De manera que le tenían buscado un marido?

En un principio surgió en su interior una chispa de rebeldía. ¿Cársarse con un hombre que no conocía! Cruzó por su cabeza la imá-

gen de Arnold; pero fué esta imagen misma la que apagó su independencia. ¡De poco le había servido elegirse un hombre por su cuenta! Arnold no volvería a acordarse de ella. Quizás estuviese preparando su boda con aquella bellísima Sally del retrato.

No tardó en decidirse. Acataría la voluntad de su madre. ¡Bastante escarmentada estaba del amor!

Escribiría a la "aunt" Carolina, a la que hacía tanto tiempo que ni siquiera había recordado para felicitarla por Año Nuevo.

Aquella noche se durmió con un pensamiento complejo que la llenaba de inquietud. ¿Cómo sería ese desconocido Axel Mandel que estaba destinado a ser su marido, su guía y su protector en el mundo...?



"AUNT" CAROLINA



rs. Carolina Mandel mere-
 cía en verdad todos los
 cálidos elogios que le había prodi-
 gado Sir Dunn en las últimas lí-
 neas que escribió en su vida. Era
 una dama buenísima, equilibrada y
 caritativa. Su segura amistad, que
 duró muchos años, para con Blan-
 ca Sengel, la madre de Glori, fué
 ejemplar y constante. Cuando la
 larga enfermedad de su amiga, la
 cuidó noche y día con un cariño
 y una abnegación pocas veces vis-
 tos.

El padre de Glori también había
 aprendido a quererla y a admirar-
 la, y tuvo el consuelo de verse
 asistido también en sus últimos
 momentos por aquella santa mu-
 jer.

Habíase quedado viuda muy jo-
 ven y se ocupaba con esmero y
 atención en la crianza y educación
 de su único hijo.

Fiel a un pacto de amistad, nun-
 ca había perdido de vista la pro-
 mesa que hiciera a la madre de
 Glori. Su hijo tampoco lo ignora-
 ba.

El muchacho creció y se educó
 en América, su país, cerca de su
 madre, cuidado por la abnegada
 ternura de ésta. Un gran cariño
 unía a la madre y al hijo. Las
 esperanzas de Mrs. Mandel se ha-
 bían realizado en Axel. Fué el hom-
 bre digno y trabajador que Caro-
 lina y sus amigos habían esperado.
 Muchas veces esta señora se
 preguntaba como sería aquella

desconocida niña que había visto nacer y que estaba destinada a ser la esposa de su hijo. Cumpliendo lo prometido no trataría de relacionar a los jóvenes antes de que Glori cumplierse los veinte años, edad en que ya podría juzgar serenamente sobre acto tan trascendental.

La dama llevaba bien la cuenta y sabía que todavía quedaba un año para aquello. Por tanto, juzguese su sorpresa al recibir una mañana de aquel Diciembre la carta de su futura nuera.

Decía así:

“Querida tía Carolina: Me encuentro ya sola en el mundo. Mi pobre tío Donald acaba de morir, víctima de un desgraciado accidente. Antes de despedirse de este mundo me mandó leer una carta de mi padre que me ha revelado los estrechos lazos de amistad que unía a ustedes. No sé a donde volverme para pedir un consejo. No tengo parientes ni amigos. Acudo a usted que se que fué como una hermana para mi madre. Dígame lo que debo hacer.

La abraza cariñosamente,

Glori Dunn.

Carolina Mandel quedó pensativa. Llegaba el momento de cumplir su promesa. Tenía que amparar a aquella muchacha. Axel era un hombre y seguramente la haría feliz. ¿Podía dudar en ofrecerle aquella boda, largos años atrás concertada? ¿Porque vacilaba? La causa de sus dudas era el propio Axel. Su hijo siempre fué bueno y cariñoso, pero tenía un carácter independiente. Cada vez que su madre le nombraba el famoso pacto se sentía, claramente, disgustado. En el fondo, de esto estaba segura la señora Mandel, siempre confió en que el destino lo libraría de aquel compromiso. Pero he aquí que el destino no se había dignado librarlo. Las promesas que se hacen a los moribundos son una “cosa sagrada”, se repetía a sí misma la dama...

En aquel momento entraba su hijo y la saludó cariñosamente.

Mrs. Mandel lo recibió con el afecto acostumbrado, pero había algo en su acento y en su fisonomía que pareció desusado al muchacho.

—¿Qué te pasa?—le preguntó—

Te noto como preocupada o disgustada.

—Nada me pasa, contestó la señora.

Y al cabo de un corto silencio agregó:

—El correo me ha traído una

carta muy importante. No es ninguna sorpresa. Hace siete años que la aguardo, pero no la esperaba tan pronto.

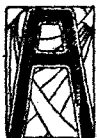
Y al decir ésto tendió a su hijo la misiva y emocionante carta de Glori Dunn...





XVII

AXEL MANDEL



Al concluir Axel Mandel de leer la carta quedó pensativo. Ya había llegado, más pronto de lo que se esperaba, aquel momento decisivo.

—¿Qué piensas contestarle?, interrogó a su madre.

—Eso es lo que quiero consultar contigo.

Un nuevo silencio se abrió entre los dos.

—Nunca creí que llegaría el momento, madre — explicó el muchacho—. Me parece muy arriesgada la promesa que hiciste a la señora Dunn en la hora de su muerte. Ya ha pasado el tiempo de las bodas convenidas por las familias. Aseguraría que esa muchacha es de opinión.

—Nunca me habías hablado así, exclamó Mrs. Mandel.

—Porque hasta ahora no llegó el momento decisivo. No me ha sido difícil renunciar a casarme en tanto no llegara la fecha señalada. Eso debe agradecerte quizás. Mi boda con Sally Beck hubiera sido algo tan desgraciado como no quiero ni pensarlo. Pero, hay otras mujeres en el mundo...

—¿Estás enamorado?

—En cierto modo sí...

—No digas "en cierto modo". En esto no caben términos medios. Se quiere o no se quiere.

—A veces no se está seguro. En Londres conocí a una muchacha adorable. Fuimos amigos. Ni siquiera sé su apellido ni su posi-

ción. ¿Para que me iba a interesar, si nuestra amistad no podía convertirse en noviazgo? Me acordé de lo que te tenía prometido y escapé a tiempo. Ahora la recuerdo, pero no sé si es amor lo que siento por ella. ¡Estoy tan acostumbrado a dominar mis sentimientos, que a veces me parece que llego hasta a desconocerlos!

Carolina miraba tiernamente a su hijo. Era admirable que un hombre hecho y derecho se plegara tan de buena voluntad por complacer a su madre. ¿Qué otro lo hubiera hecho en su lugar? Claro está que Axel no había hecho más que pagar en la misma moneda la abnegación y el cariño ejemplar de Mrs. Mandel...

—Hijo — exclamó ésta — yo no he de imponerte a Glori Dunn por la fuerza. La invitaré a que venga a casa y la conocerás. Estoy segura de que se parecerá a su madre y tendrás que quererla.

Axel asintió. Tenía confianza en su propio destino y le alentaba el apoyo de su madre. Ella no sería capaz de aconsejarle su desgracia.

La cena transcurrió apacible y tranquila. Madre e hijo hablaron

de diversos temas, pero la mayor parte de la conversación giró en torno de la desconocida Glori Dunn que venía a mezclarse en sus vidas con aquella pequeña carta pidiendo amparo y consuelo.

Pasaron a tomar el café en la terraza cerrada por gruesos cristales, y se reanudó la conversación.

—Con la emoción de la noticia que me has dado—exclamó entonces Axel—, se me olvidó entregarte un regalo que te traía.

Carolina Mandel lo miró complacida. Estaba acostumbrada a las constantes atenciones de su hijo y no le sorprendía el anuncio de recibir un regalo.

El muchacho se levantó y buscó en uno de los bolsillos de su abrigo.

—Aquí está—dijo, entregando a su madre un pequeño libro cuidadosamente editado.—Es mi última obra.

La dama lo cogió con avidez y leyó las azules letras del título: "Noviembre", y luego el pseudónimo de su hijo que lo había hecho famoso: Arnold Fischer.

—Nada me habías dicho —protestó Mrs. Mandel.—. No sabía que preparabas un nuevo libro. ¿Cuándo lo has escrito?

—Durante el viaje—contestó el muchácho—. Son impresiones cortas. Recuerdos sueltos.

La madre ojeó las primeras páginas y tropezó con la dedicatoria.

“En recuerdo de V. y del mes de Noviembre”.

—Me parece que voy comprendiendo que clase de impresiones y de recuerdos son éstos..., comentó en tono irónico.

Axel sonrió abiertamente.

—Es mi derecho de escritor... Además, la impunidad de mi pseudónimo. Nadie sabe que Arnold Fischer y yo somos la misma persona.

Esto era cierto. Axel tuvo el capricho de conservar en secreto su personalidad de escritor, cosa que

no dejaba de disgustar a su madre que hubiera gozado con el orgullo de decir a todo el mundo que aquel autor célebre y de moda era su hijo.

Pero Axel era ingeniero de profesión y pensaba que sus distracciones literarias no le aportarían el menor bien a su carrera. Había hecho dos personas distintas en sí mismo y se consideraba feliz haciendo una vida doble que le proporcionaba incidentes divertidos.

Cerca de las once de la noche se separaron madre e hijo para ir a dormir.

La madre pensaba:

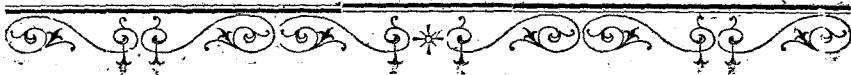
—¿Cómo será esa señorita V. de la dedicatoria?

Y el hijo meditaba:

—¿Cómo será esa señorita Glori de Londres?

No podían sospechar que se trataba de la misma persona.





XVIII

VIAJE



Glori aceptó encantada la invitación de tía Carolina. Preparó su viaje con diligencia y tomó el primer barco que salía para América. Adoraba aquel país en donde había pasado su infancia y, aunque no conocía Boston, se lo imaginaba encantador a través de lecturas y fotografías. Sentía además una urgente precisión de sentirse apoyada por alguien en el mundo. Mientras sintió la vaga presencia de tío Donald no conoció la angustia de la soledad. Pensó que jamás la abrumaría el peso de la vida solitaria, pero, en aquellos momentos, se daba cuenta de lo preciosa que es la compañía de seres que le quieran a uno,

El viaje lo hizo en un buque rápido. No conocía a la tía Carolina ni siquiera de fotografía, pero en cuanto vió un rostro sonriente y una mirada que buscaba en el pasaje tuvo la sensación de que era ella. Glori había quedado en desembarcar completamente vestida de blanco, y con un pañuelo en la mano, para ser reconocida. Aquella señora que había visto desde el primer momento se precipitó a abrazarla.

—¡Querida mía!—le dijo—¡Qué alegría tengo de verte aquí!

Glori la estrechó también afectuosamente y hablaron largo rato del viaje, de la infancia de Miss Dunn y de mil detalles. Cuando ya estaba en el coche, camino de Bos-

ton, fué cuando Mrs Mandel le dió la mala noticia.

—Hemos tenido la pésima suerte de que Axel no esté aquí para recibirte. Precisamente hace cinco días que recibió un telegrama urgente llamándolo desde Texas. El desbordamiento de un río ha ocasionado la ruptura de un importante puente y reclamaban sus servicios. Se encuentra lleno de trabajo. Vendrá en cuanto pueda. Está deseando conocerte.

La muchacha sintió gran desilusión. Llevaba la cabeza llena de ideas respecto a aquel "novio" que le deparaba el destino y le cayó muy mal la noticia.

—Por lo menos lo conoceré por retrato, ¿no es eso?— preguntó.

—Ni siquiera de retrato —se lamentó Mrs. Mandel—. Mi hijo es un poco raro en ciertas cosas. Nunca se ha dejado retratar. Dice que sus retratos de joven solo servirán para hacerle sufrir cuando sea viejo. Te puedo mostrar únicamente una foto de cuando tenía seis años. Pero —continuó sonriente— ha cambiado bastante...

—¿Que edad tiene ahora?— preguntó Glori que llevaba un sin fin

de preguntas atragantadas en la cabeza.

—Veintiseis años —contestó Carolina—. Siete mas que tu. Cuando erais muy niños habeis jugado juntos.

—No lo recuerdo.

—No puedes recordarlo. Eras demasiado pequeña. Apenas contarías tres años.

La dama quedóse pensativa evocando aquellos días felices de su juventud.

—Recuerdo que una vez —prosiguió—, jugando con unos cochecitos, tu le tiraste a Axel una rueda a la cabeza y le hiciste una gran herida. Todavía se ve la cicatriz en su frente.

—Lo siento —exclamó de una manera tonta Glori—. Supongo que lo haría sin querer.

—Nada de eso —atajó riendo Mrs. Mandel—. Entonces tenías muy mal genio y lo hiciste con toda intención.

Luego agregó riendo:

—Esperemos que no lo repitas. Glori rió también.

—Que no me dé motivos para ello, concluyó.

Habían llegado a Boston y Miss

Duna vió por fuera la hermosa casa de la señora Mandel, pero esta no la hizo subir porque la tenía recogida. Pasaba a la sazón una temporada en Hampton Park, su casa de campo. Allá esperarían tranquilas y cómodas la vuelta de Axel. Mientras tanto, la madre examinaria el carácter de su futura y problemática nuera.

La primera impresión que produjo Glori en Carolina fué muy buena. Primeramente, su belleza era cautivadora y dió gracias a Dios de poderle presentar a su hijo una novia tan bonita, pero... "la belleza no lo es todo", se dijo, y se dispuso a estudiar a fondo su carácter y su alma.

Por su parte Glori estaba encantada con la señora Mandel. La

encontraba en extremo agradable y bondadosa, al mismo tiempo que inteligente y vivaz. No le pedía al cielo mas que su hijo se le pareciese.

Pero no lo esperaba. Aquel hombre maniático, que no se dejaba retratar, tenía que ser, por lo pronto, muy feo, y en segundo lugar un neurasténico y un bobo. Tampoco le gustaba que fuese ingeniero. Consideraba esa carrera como ruda e impropia de espíritus cultivados. Se imaginaba el puente en reparación y veía a su presunto novio todo sucio y mal vestido llenándose de barro hasta los ojos. ¡Que distinto de un escritor, siempre entre papeles y libros, en una ocupación tranquila y delicada...!





XIX

HAMPTON PARK

Transcurría la vida plácidamente en Hampton Park. Ya llevaba allá un mes la joven inglesa y, en tan poco tiempo, se había captado las simpatías y el cariño de todos. Desde tía Carolina, que la quería ya como a una verdadera hija, hasta el más humilde de los sirvientes, pasando por una figura muy principal en aquella casa: la del señor Peters, administrador de las propiedades de Mrs. Mandel.

El primer cuidado de la joven fué el de ir conociendo a través de cartas y de referencias la personalidad de Axel. El escribía con frecuencia, pero su vuelta siempre ofrecía nuevos aplazamientos. La muerte del ingeniero jefe lo había

puesto a él en su lugar y sus obligaciones lo ataban durante algún tiempo todavía.

El retrato que Mrs. Mandel le ofreciera a Glorí no la dejó muy satisfecha. Representaba a un niño de corta edad junto a su llamante bicicleta, muy colocado y muy derecho, cruzando un pié sobre el otro y lamentablemente vestido con esa moda ya pasada, que hace que los retratos tengan bastante de ridículos, sobre todo cuando el retratado es un niño. Del albo cuello marinero salía una cabecita llena de rizos rubios que le caían sobre los ojos. ¿Qué le decían aquellos ojos a Miss Dunn? Había algo misterioso en la mirada de ese niño... ¿Dónde había

visto antes una mirada parecida? Lamentó que fuese rubio. No le gustaban los hombres rubios. Es decir, no le gustaba, no le había gustado en su vida más que un solo hombre y este era moreno... Claro está que Glori no prestó atención al hecho de que hay personas que fueron de pelo color de oro en su infancia y con los años sus cabellos obscurecieron...

En uno de los estantes de la biblioteca le llamó la atención un tomito blanco y bien encuadernado y lo tomó en sus manos con indiferencia.

Grande fué su sorpresa al leer el nombre del autor.

Arnold Fischer. La obra se llamaba "Noviembre". La abrió y se encontró sorprendida con la dedicatoria. No cabía duda: aquel libro estaba dedicado a ella. Esa V quería decir Virginia, y el contenido íntegro de aquellos pensa-

mientos no hacían sino evocar su dulce amistad del pasado invierno. Una súbita emoción la llenó por completo. ¿Sería posible que Arnold la recordase? ¿La querría tal vez...? ¿Cómo averiguarlo? No pensó en hacer partícipe de sus dudas a la tía Carolina. ¡No iba a hablarle de otro amor, y tan extraño...! ¿Por qué se había marchado precipitadamente Arnold de su lado? Algo muy grave los separaba. El había dicho que no tenía derecho a quererla... Estaría muy comprometido con esa Miss Sally. Aquella noche no pudo dormir, presa de las más inquietantes dudas. Llevó el libro a su dormitorio y lo leyó ávidamente. A través de sus líneas comprendió que algo misterioso la separaba de aquel hombre. Pero no era capaz de resignarse a ignorar aquel misterio. Antes de amanecer había formado un plan que llevaría a cabo enseguida.



EL PLAN DE GLORI



ra muy temprano todavía cuando se acercó a su escritorio y tomó pluma y papel.

En el libro que había sembrado de zozobras su espíritu leyó el nombre de una Editorial de Nueva York. Escribiría allí a Arnold, en la seguridad de que su carta le sería entregada.

Al cabo de media hora tenía terminada su misiva. Era larga y desordenada, como sus pensamientos. Decía así:

"Querido amigo: Estaba segura de que se habría olvidado usted de mí. También creí haberme olvidado yo de usted, pero me encuentro ahora dudando de una y de otra cosa... ¿Por qué ha escrito

usted "NOVIEMBRE"? Y si lo ha escrito con toda su alma y son verdad esas frases de "Virginia llenaba el corazón de Héctor de toda la dicha del mundo etc.", ¿por qué abandonó a Virginia? Comprenderá que no es sólo una simple curiosidad lo que me lleva a preguntárselo. Nuestra amistad del invierno me va resultando difícil de olvidar después de haber leído su libro. Necesito saber si todo aquello no es más que un invento de novelista...

He venido a Boston a vivir con una persona de mi familia y me siento muy sola sin hablar con usted. ¿Será posible que no vuelva a verlo?

Soportaré con cierta dignidad que me llame usted mal educada por dirigirme a un hombre que se ha portado tan groseramente conmigo, si es capaz de contestarme. Escríbame a Lista de Correos, a nombre de Virginia D.

Si no recibo su carta puede ser que me case con un hombre bueno y menos misterioso que usted. Seremos un matrimonio feliz, lo cual hará rabiar a usted mucho, y ese es mi deseo. Pero si me contesta, entonces quizás suceda que

el matrimonio feliz seamos usted y yo y el que rabie sea el otro.

Su afectísima, Virginia.

P. S. Encuentro mal que diga usted que Virginia besó tres veces a Héctor. Le consta perfectamente que no fueron más que dos. Ante todo, la verdad".

Puso el sobre con mano firme y guardó la carta.

Aquella mañana la encontró tía Carolina un poco preocupada, pero lo atribuyó a las noticias recibidas de Axel que anunciaban un nuevo retraso en su viaje.





TÍA CAROLINA HACE UN DESCUBRIMIENTO



Como la primavera empezaba a brillar en los hermosos prados de Hampton Park, Glori se había dedicado intensamente a su deporte favorito. Muy de mañana salía a pasear a caballo y volvía a reanudar su paseo por la tarde.

El aire templado de aquella tierra le había colorado el cutis, tostándolo ligeramente, y parecía más bella aun que cuando llegó.

Carolina gozaba viendo aquella alegre muchacha que estaba destinada a ser la mujer de su hijo. Su carácter franco y optimista la cautivaron, y comprendió que no tardaría en ejercer igual influencia en Axel.

Uno de aquellos días la mucha-

cha madrugó más que de costumbre.

—Estoy nerviosa —dijo al señor Peters que paseaba por el parque—. Voy a galopar por esos campos a ver si llego a la hora del almuerzo de mejor humor. Si no es así, mucho me temo que tengan ustedes que regañarme. A veces necesito defenderme. Comprendo que de niña debía tener muy mal carácter, como afirma tía Carolina. Algo me queda todavía al cabo de los años. Hoy sería capaz de romperle otra vez la cabeza a Axel con una rueda de automóvil.

Y sin esperar la respuesta se marchó corriendo.

Peters la escuchó sonriente. La

larga temporada que llevaba Glori viviendo en aquella casa lo tenían acostumbrado al carácter un tanto disparatado de la chica.

En aquel momento entró en el hall Mrs. Mandel.

—¿Ya se ha ido?, preguntó.

—Sí señora —contestó Peters—.

Se ha ido como una tromba. Dios quiera que no se rompa un hueso con esas benditas galopadas. Tiene un modo de ser muy impulsivo.

Notó que a la dama le había sentado un poco mal aquel comentario y rectificó:

—No lo digo como censura—dijo—. La señorita Dunn es encantadora. Pero tiene su geniecillo. ¡Estas muchachas educadas con independencia...!

—Valen más que las que no están educadas de ninguna forma, sentenció la dama.

Apreciaba a Peters, pero no podía tolerar que le pusieran el menor pero a "su Glori", como ella la llamaba. Aquella extraordinaria mujer, que había nacido para ser madre de cuantos la rodeaban, habría deseado tener una hija. Su amplio corazón no se llena-

ba con el cariño de su hijo, y se sentía feliz queriendo entrañablemente a aquella muchacha.

—No se moleste, señora—exclamó disculpándose Peters, para quien la mayor desdicha del mundo era ver disgustada a su querida señora—. Yo no he querido decir nada sobre la educación de Miss Dun. Solamente he observado que tiene un carácter un poco... ¿cómo diría yo?... Parece como si estuviese contrariada por algo... Cuando mi hija, la que se casó luego con el práctico Davison, andaba así, siempre decíamos: "alguna contrariedad amorosa". Y solíamos acertar.

Aquellas palabras del fiel administrador inquietaron a la señora Mandel. En efecto, aquello no tenía nada de particular: Glori era joven y podía haberse enamorado antes. Pero, ¿por qué no se lo había dicho? No había razón para que le ocultara una cosa así. La sola posibilidad de que se deshiciese su sueño de verla casada con su hijo, la trastornaba.

Sumida en tales pensamientos subió la escalera que la conducía al cuarto de la joven. Acostum-

braba a visitarlo cada mañana, después de ser arreglado por la sirvienta, para ponerle flores y ver si estaba todo en orden.

Aquel día le llamó la atención descubrir la llave puesta en uno de los cajones del secretaire de Glori. La muchacha era reservada en sus cosas y solía dejar aquel cajón bien cerrado.

Una idea cruzó por el cerebro de la dama. Sus manos obedecieron a la idea y abrió el cajón. Sus ojos tropezaron con un abultado cuaderno sobre cuya cubierta se leía en caracteres grandes.

"DIARIO DE GLORI DUNN"

Pensó en cerrar nuevamente el cajón, pero pensó también en leer las páginas del diario. Allí estaría sin duda la contestación a las dudas que había suscitado en su cabeza la conversación de Peters. Si Glori tenía algún amor no habría dejado de anotarlo en su diario. Es lo que acostumbran a hacer todas las muchachas.

Un sentimiento de delicadeza y de respeto indujo a Mrs. Mandel a cerrar de nuevo el cajón del escritorio.

Colocó las flores en los búcaros.

Arregló con sus hábiles dedos las cortinillas de las ventanas y se dispuso a salir de la habitación. Pero, una vez en el umbral de la puerta, volvió a pensar en el diario.

—“Quizás deba verlo —se dijo. —Más que el respeto para con los secretos ajenos debe pesar en mí la responsabilidad que me alcanza en la vida de esta niña. Mi deber para con ella es el deber de una madre. Así lo quiso la suya propia y así se lo prometí yo. ¿Una madre debe ignorar los secretos del corazón de una hija? ¿No puede haber errores que yo deba corregir? ¿He de ignorar la vida y los sentimientos de un ser que está por entero a mi cargo?”

Estas y parecidas reflexiones la llevaron a tomar una determinación. Abrió de nuevo el cajón y tomó el cuaderno.

Lo leyó ávidamente. Las primeras páginas estaban llenas de recuerdos del colegio y aparecía de vez en cuando el nombre de Roberto Bath que al principio la inquietó un poco, pero luego comprendió que no tenía importancia en la vida de Glori. Hacia las últi-

mas páginas la esperaba una revelación inesperada.

Con enorme emoción y asombro leyó Carolina Mandel la relación minuciosa de los amores de Glori con Arnold Fischer, es decir, con su hijo. ¡Este sí que no cabía duda que había sido el verdadero amor de la muchacha!

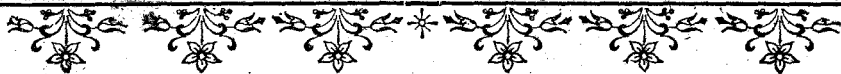
A medida que avanzaba en la lectura se dió cuenta de que Miss Dunn no era otra que la oculta protagonista de "NOVIEMBRE",

la misteriosa V. que tanto la había preocupado.

Una intensa alegría la invadió al comprobar aquella maravilla. No podía pedirse más a la Providencia. ¡Ya se conocían y ya se querían! Pensó sorprender a Glori en cuanto llegase, contándole su descubrimiento, pero luego se le ocurrió que sería mejor prepararles una mútua sorpresa.

¡Cuánto iba a divertirse! Se prometió aguardar al momento oportuno.





XXII

CARTA DE TEXAS



a última carta de Axel era lo más descorazonadora. Anunciaba a su madre y a "su querida prima", como llamaba a Glori, que los trabajos de aquel famoso puente lo retendrían allá por lo menos medio año. Toda la responsabilidad recaía sobre él y su ausencia podría representar el retraso de las obras, con la pérdida consiguiente para la compañía constructora.

Mrs. Mandel se hallaba disgustada. Aquello la llenaba de inquietud. Pensaba que su hijo no se acostumbraría a la soledad y que quizás encontrase allí a alguna mujer que lo enredase, y entonces ¡adiós sus dichosos planes de matrimonio! Lo primero que se le

ocurrió fué descubrirle quien era Glori para no dejar desvanecer el amor que ésta le había inspirado en Londres. Pero pronto otra idea, que juzgó más feliz, tomó cuerpo en su pensamiento. Propondría a ambos el matrimonio por poder. Una vez efectuado éste, Glori saldría para Texas a reunirse con su marido. ¡Y cual no sería su sorpresa al reconocerse! ¡Sólo al pensar en este momento la señora Mandel se reía a solas!

Habló primero con la joven, que se mostró al principio reservada.

Glori había aguardado en vano, durante tres meses, recibir la contestación de Arno. Se cansó de ir a Lista de correos donde nunca encontraba la anhelada carta. A

fuerza de oír contar las rarezas de Axel y de leer sus cartas le fué tomando simpatía. Era lo suficientemente impulsiva para sentirse atraída por una aventura novelesca, como lo era esa de su boda con un desconocido.

Una vez segura de la chica, Carolina Mandel escribió a su hijo una carta apremiante, que a ella misma la hacía sonreír. El párrafo más importante estaba redactado de la siguiente manera:

“Tu última carta anunciándonos el nuevo aplazamiento de tu viaje por tanto tiempo, nos ha disgustado profundamente. Glori no es una muchacha quisquillosa, pero no sería nada raro que lo tomara como un desaire. Ella comprende muy bien las razones que das para no venir, pero se siente un poco humillada con tu tardanza. Ya le he hablado y está conforme en casarse por poder e ir a reunirse contigo inmediatamente.

Cuando yo te propongo esto, es porque estoy convencida de tu felicidad. Entiéndelo bien: **completamente convencida**. Glori es guapa, buena, alegre... Será la mujer perfecta para tí. Nunca te he hablado con tanto convencimiento. Ya conoces a tu madre y sabes que sería incapaz de imponerte una novia si no tuviese la absoluta convicción de que ha de hacerte dichoso. Tengo además poderosísimas razones, que tu ignoras, y que comprenderás cuando ella te las explique”.

Glori apenas hablaba de la boda en proyecto. Su seguro instinto no la engañaba y se repetía a sí misma el lema de la Virginia de Arnold Fischer, que había hecho suyo:

“Soy valiente. A nada temo. Sé encontrar la felicidad detrás de todas las cosas del mundo”.

Y se dormía cada noche pensando que jamás dejaría de ser feliz.





XXIII

LA BODA



uy preocupado estaba Axel ante la actitud de su madre. Le sorprendía en grado sumo la prisa con que quería llevar los acontecimientos. A la primera carta contestó, veladamente, que prefería esperar. Pero nuevas cartas vinieron de Hampton Park.

—Sin duda hay algo que ignoro, se decía, y recordaba aquella frase de su madre sobre ciertas poderosas razones.

Así trascurrió un mes en que aquel muchacho se debatía cuanto pudo por conservar su libertad y retardar los acontecimientos. Pidió a la Compañía constructora que le concediese un corto permiso (muy corto no podía ser, dado lo largo del viaje) para ir a Bos-

ton. Pero el permiso le fué negado.

En cada correo le llegaba una carta imperiosa de la señora Mandel instándole para decidirse.

—Desconozco a mi madre — pensaba—. Ella siempre es prudente y no se deja arrastrar por veleidades momentáneas. Algo grave ha de ser lo que la determina a obrar así. No puedo dudar más.

Y así fué como se decidió por fin aquella extraña boda de dos seres que creían no haberse visto en su vida.

El día en que, mediante la fría ceremonia de un matrimonio por poder, supo Axel que estaba casado, sus compañeros lo invitaron

a un banquete. Todos quedaron extrañados de su aspecto un poco triston. No parecía, en verdad, un novio satisfecho que espera a su mujer con impaciencia.

La fiesta duró hasta la media noche y el muchacho se retiró a su hotel muy abatido. Se daba cuenta del trascendental paso que acababa de dar y de lo poco convencido que se hallaba de haber obrado bien. Se quería consolar, repitiéndose una y otra vez:

—Mi madre no puede aconsejarme algo que no sea mi completa felicidad.

Cuando llegó a su cuarto se encontró con una carta sobre la mesa. Venía retrasada desde Nueva York, en sobre diferente, y se había retrasado muchos meses. Se la enviaba su editor y amigo, Barclay, una de las pocas personas que conocían sus dos nombres.

Era la carta de "Virginia". Al leerla sintió helarse la sangre en sus venas. ¡Qué disparate acababa de cometer! Esa carta le traía el recuerdo de la única mujer que le había interesado de veras en su vida. ¡Aquella graciosa muchacha

que tan abiertamente le decía que lo adoraba!

No sabía que pensar. ¡Bien pronto se arrepentía de una boda tan disparatada! ¿Cómo pudo su madre idear nada semejante? Lo había obligado a ser desgraciado. Ahora que le estaba prohibido era cuando comprendía que jamás podría olvidarse de Virginia. ¿Tenía derecho a hacer sufrir a dos mujeres por su falta de sentido? ¿Es que acaso sería feliz la desconocida Glori Dunn con un hombre cuyo corazón pertenecía a otra?

¡Cuánto había tardado aquella carta en llegar! ¡Un día antes todavía llegaba a tiempo! Pero venía, precisamente, de celebrar aquella noche en un banquete su boda con una desconocida.

Estuvo tentado de escribir inmediatamente a Virginia. Pero comprendió que no tenía derecho a ello. Más valdría que lo olvidara. Ya le anunciaba que quizás se casase con otro, si él no le contestaba. Recordó que le había hablado de un tal Robert, novio de colegio, al que acaso quería... La vida empezaba a serle desagradable.

A través de su pensamiento sur-

gían aquellas palabras de su madre, aquellas poderosas razones.

Antes de dormirse había tomado una resolución importante. Escribiría a su madre pidiéndole que hiciera las gestiones necesarias pa-

ra anular el matrimonio. Aquello era cosa relativamente fácil, tratándose de una boda por poder. Había descubierto que no podría hacer feliz a Glori Dunn. Estaba enamorado de otra mujer.



DESGRACIA



Glori preparaba su equipaje para ir a reunirse con su marido.

Estaba contenta. Su poca experiencia de la vida le hacía figurárselo todo fácil y feliz. Su marido sería guapo, simpático, seductor. No dudaba que también bueno, como su madre. La encontraría a ella encantadora, y serían felices. ¡Qué risueño se le presentaba el porvenir! Acudían a su memoria todas las parejas famosas de sus novelas predilectas, y soñaba con encarnar a sus héroes.

Carolina Mandel no era menos dichosa. Es decir, lo era más, porque se daba cuenta de las cosas tal y como eran. Anhelaba el momento de recibir una carta de su

hijo bendiciéndola por haberle separado una mujer como aquella.

Todo estaba dispuesto para partir Glori al día siguiente. Aquella noche la sobremesa se prolongó hasta muy tarde. ¡Eran tantas las cosas que tenían que decirse ambas mujeres antes de separarse! Glori no cesaba de preguntarle a "tía Carolina" cuáles eran los gustos de su hijo, qué frutas prefería, con que traje debería desembarcar para causarle mejor efecto... Por su parte, la buena señora se extendía en minuciosas recomendaciones:

—¡Cuidado con las corrientes de aire! No olvides tu bufanda cuando salgas....

Ya habían dado las doce y media de la noche, cuando se despidieron cariñosamente.

Glori entró en su cuarto y dedicó un buen rato a destruir su diario. Comprendía que en su nueva vida no tenía ningún papel aquel cuaderno. Al releerlo sentía que volvían los queridos recuerdos y que las lágrimas se asomaban a sus ojos. En vista de ello decidió romperlo, sin haberlo leído del todo.

Era muy temprano cuando Glori sintió alboroto en la casa. La doncella llamó a su puerta con inusitada violencia.

—¡Señorita Glori! ¡Venga enseguida! ¡Por Dios, venga!

Glori saltó de la cama presa de intenso pavor y corrió a donde la llamaban.

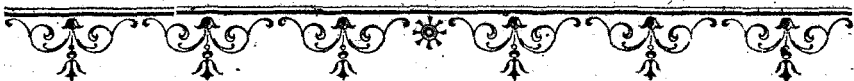
La servidumbre andaba revuelta y acongojada.

—Miss Glori —exclamó el señor Peters saliendo a su encuentro—. ¡Qué desgracia más horrible!

Por segunda vez en su vida tuvo Glori que llorar la muerte repentina de un ser querido. Su querida tía Carolina había amanecido muerta en la cama. Cuando llegó el médico diagnosticó que había fallecido de un ataque cerebral.

Volvió a brotar en sus labios la misma palabra que cuando la muerte de tío Donald: "Sola", se dijo. Pero al punto recordó que no estaba ya sola. Tenía su marido. Esto la confortó. Y su llanto fué más sereno, menos desesperado, pero no menos profunda su pena.





XXV

ABANDONO

Al suceder la desgracia se había aplazado el viaje de Glori hacia Texas. El señor Peters se lo telegrafió así a Axel y le rogaba, asimismo, que hiciera cuanto estuviese en su mano para ir a Hampton Park lo antes posible. Muerta la señora había un sin fin de asuntos que necesitaban la presencia de su hijo.

A los tres días del fallecimiento de Carolina Mandel se recibió la primera carta del ingeniero. Era demasiado pronto para que estuviese enterado de la desgracia, ya que se le había ido comunicando poco a poco por sucesivos telegramas.

Glori fué la encargada de abrir aquella misiva que iba dirigida a

la difunta. Era, al fin y al cabo, una carta de su marido. ¡Qué raro se le hacía acostumbrarse a la idea de que estaba casada, de que tenía un marido!

—No me siento casada —le decía con frecuencia a la hija de Mr. Peters que había ido a acompañarla a raíz del luto.

Y entonces aquella señora cuarentona y circunspecta, esposa del práctico Davison, contestaba con aire digno:

—No diga usted herejías, Mrs. Mandel. Está usted casada y muy bien casada. Debe sentirlo así y no decir esas cosas. A su difunta tía le digustaría bastante oírsele.

A Glori le gustaba discutir. Se había criado siendo la capitana de

su grupo en el colegio e imponiendo sus opiniones. Por eso no se quedaba callada.

—Señora Davison —le decía con vivacidad—. Yo no digo nada indecoroso, sino la verdad. No me hago a la idea de que tengo un marido. Por más que miro y remiro ese retrato de Mr. Mandel con su bicicleta no puedo figurarme que “eso” sea lo que se llama un marido. Usted se siente casada porque tiene a la vista al señor Davison en carne y hueso.

La mujer del práctico bajaba los ojos y se encerraba en un silencio digno. Hasta entonces no había tratado a una muchacha moderna, como calificaba a Glori, y opinaba que la educación del día dejaba mucho que desear. Lo que ella llamaba sus principios no estaban de acuerdo con la manera de ser de aquella chica. Hay personas que llaman principios, muy enfáticamente, a su modo de vestir, a sus horas de comer y hasta a sus procedimientos caseros para curarse los catarros.

No era, precisamente, una cordial amistad lo que se había entablado entre ambas mujeres. Pero,

pese a sus divergencias, había algo que las unía. Su respectivo cariño por la difunta Carolina Mandel. Y algo más fuerte todavía: la soledad de Glori.

Después de aquella discusión, se decidió la muchacha a abrir la carta de su marido.

Era la que había escrito Axel proponiendo, o mejor dicho, disponiendo que se iniciasen inmediatamente las gestiones del divorcio. Estaba enamorado de otra mujer.

Cuando Glori terminó de leerla no parecía emocionada ni triste. Su mirada perdida parecía buscar en la lejanía del paisaje un punto donde asirse. Entreabrió los labios y murmuró serenamente:

—Razón tenía yo al decir que no me sentía verdaderamente casada..

Al escuchar aquellas palabras palideció la Davison. ¿Qué habría pasado? ¿Alguna desgracia había sucedido a Axel? Un mundo de catástrofes ferroviarias y corrimientos de tierra pasaron por su imaginación.

Glori se dió cuenta de su in-

quietud y le tendió la carta con una sonrisa amarga o irónica.

La hija de Peters la leyó en silencio y luego soltó un grito muy americano que expresaba su asombro, su indignación.

—¡Qué horror!, dijo.

—No exagere, amiga —la atajó Glori—. No es ningún horror. Simplemente un acto feo, grosero. Impropio de un hijo de tía Carolina. Prefiero que haya sido así. El divorcio será fácil, me figuro, y pronto podré volver a recobrar mi libertad.

Hizo una pequeña pausa y luego agregó:

—Y mi soledad.

Al decir esto había un dejo de amargura inusitado en ella.

—¿Qué piensa usted hacer? —interrogó la Davison.

—Nada hay que pensar —contestó Glori—. Todo está ya pensado por mi... mi... marido. A mí solo me queda acceder, y accedo gustosa.

Después de un silencio exclamó en tono menos amargo, más fuerte y más propio de su temperamento:

—Me fastidia que me hagan estas cosas a mí. Yo no haría nunca nada parecido con nadie. Encuentro que lo primero del mundo es respetar a los otros. Se puede ser malo, es aceptable que haya gente mala. A mí eso no me importa.

La hija de Peters hizo un gesto de disgusto.

—No me mire así —prosiguió Glori—. He dicho que a mí no me importa que haya gente horriblemente mala y así lo pienso, pero se puede ser malo sin dañar a los demás. A esto no hay derecho. Debía estar prohibido alterar las vidas de los otros.

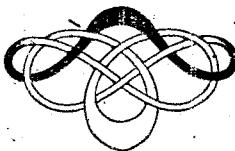
Se calló unos instantes y luego prosiguió como recitando algo que había en su memoria.

—Héctor decía: "Yo voy solo por esta tierra y donde veo que puedo hacer un bien allí detengo mi camino y socorro al que lo necesita. Mas cuando veo que no soy necesario, sigo mi camino". ¡Oh, todos debían seguir su camino! No detenerse para hacer daño. Todos debían ser como Héctor.

La hija de Peters se atrevió a —contestó Glori, subrayando cada
preguntar, preocupada: silaba. Y sus ojos se perdieron en el horizonte con una mirada de esperanza.

—¿Quién es ese Héctor?

—Mi solo amor en este mundo,



DECISION



a se habían hecho las primeras gestiones acerca de la anulación del matrimonio. Era necesario esperar la presencia de Axel Mandel y éste anunciaba su vuelta para dentro de dos semanas. Ni con la muerte de su madre, que lo sumió en una amargura horrible, pudo conseguir un permiso inmediato. Aún así, su ausencia sería un grave contratiempo para la Compañía.

Glori no quería permanecer más en Hampton Park. Aquella casa que no era suya y de donde estaba “despedida”, como decía ella sonriéndose, no le agradaba ya. Por otra parte, el recuerdo de tía Carolina, a la que había querido de veras, le avivaba el dolor de haberla perdido.

Decidió, pues, alejarse de Boston mientras llegaba el momento de comparecer ante el tribunal del divorcio. También había que esperar que volvieran de Roma los papeles concernientes a la anulación canónica.

—Es desagradable tener que pasar por todas estas pesadeces, sin tener culpa de ello —decía Glori—. No guardo rencor al “señor Mandel”, (ahora lo llamaba así porque le parecía más despedido), pero tampoco le perdono el que me proporcione tantas molestias.

La muchacha deseaba sentirse libre. No sabía qué uso podría hacer de su libertad. El recuerdo de Arnold la inquietaba. Aquel hombre no la recordaba ya. La pue-

ba estaba en que no contestó nunca a su carta. Pero el mundo era grande y, para ella que no lo conocía, parecía esconder innumerables tesoros de ventura. De naturaleza optimista y valiente, quería enterrar pronto aquel pasado triste y enredado, para empezar su vida tal y como la había soñado.

Ojeando una revista gráfica tropezó con el anuncio de un sugestivo crucero por el Pacífico. La excursión duraría un mes y prometía ser deliciosa.

—Esto es lo que yo necesito, Mr. Peters —dijo al administrador—. Voy a tomar mi pasaje y volveré en el momento necesario.

La señora Davison que se hallaba presente objetó en tono muy serio:

—Opino, Mrs. Mandel, que debe usted esperar a tener su divorcio. No me parece bien que una señora casada... viaje sola...

Glori no la dejó terminar.

—¿Una señora casada? No me venga con pamplinas. Lo que me faltaba era tener que guardarle tantos respetos y miramientos a mi marido. Me voy de aquí pasa-

do mañana, y dentro de tres días estoy encantada de la vida en el océano. Ojalá pueda divertirme lo más posible.

—Usted es muy dueña de hacer lo que le parezca, —concluyó la Peters.

—Naturalmente —afirmó Glori—. Soy absolutamente dueña de mis actos. Tengo derecho a todo: a ser una santa, o... a no serlo...

La mujer del práctico se tapó los oídos escandalizada.

Glori le decía estas cosas para hacerle pasar malos ratos. Su única distracción, en aquellos sombríos días de su falso matrimonio, era la de molestar a la timorata hija del administrador.

—No tema —le dijo para tranquilizarla—. Me parece que tengo más inclinaciones para la sanidad que para otra cosa. Mi corazón rebosa alegría. ¿No es eso un síntoma de bondad?

—A veces... ¡a demasiada alegría... —balbució la Davison.

Pero Glori ya no la oía. Se había levantado y fué corriendo al teléfono para ponerse al habla con la compañía naviera que organizaba aquel crucero providencial.

ENCUENTRO INESPERADO



uiso Glori despedirse de Hampton Park antes de abandonar aquellos lugares. No le cabía duda de que no habría de volver a ellos y, como era amante de la naturaleza, había tomado cariño a los bellos caminos, a los rincones frondosos, y hasta a ciertos árboles en particular, bajo cuyas ramas solía sentarse a leer o a soñar.

Ensiló el caballo que le regalara la tía Carolina y galopó en dirección a sus rincones predilectos.

Una vez que llegó a las cercanías del lago amigo, descendió del caballo y se sentó bajo los centenarios abedules. Del palacio blanco que se reflejaba en el agua sa-

lió una figura vestida de claro. A Glori le extrañó, pues en todo el tiempo que llevaba en Hampton Park nunca había visto a nadie en aquella casa. La figura, una mujer joven al parecer, se acercaba en dirección a ella.

Cuando la tuvo a pocos pasos la miró y vió que era bastante bella y elegante. A medida que se acercaba notó que aquella cara no le era desconocida. ¿Dónde la había visto? No recordaba conocerla de casa de tía Carolina, donde las visitas eran tan escasas. ¿Entonces? Llevada por la curiosidad siguió mirando insistentemente. La desconocida pareció notarlo, pero no le sorprendió.

—Buenos días —dijo la joven

de blanco, una vez que estuvo al lado de Glori.

—Buenos días, —contestó Mis Dunn haciendo un último esfuerzo por recordar donde había visto esa cabeza rubia y esos ojos transparentes.

—¿Sabe usted que está en el parque de mi casa?, preguntó entonces la desconocida con una sonrisa irónica.

—Perdóneme—contestó Glori—. No sabía que esto fuese una propiedad particular. Todas las mañanas suelo venir aquí y nunca había visto a nadie.

—Hasta hoy no hemos llegado —continuo la joven de blanco—. Nuestro parque llega hasta el canal de las magnolias.

Glori se había levantado y se disponía a marcharse un poco confusa por el tono risueño, pero poco cordial de su interlocutora.

—No se vaya —la detuvo la desconocida—. Solamente le he dicho eso porque creí que le bastaba con haberme quitado el novio...

Glori recordó al momento. Aquella rubia no era otra que la muchacha del retrato que encontró en el equipaje de Arnold. Aquella

Sally que la hacía sufrir de algo muy parecido a los celos. ¿Conque le había quitado el novio? ¿Arnold la había dejado por ella? ¿Cómo la pudo reconocer? Pensó que quizá descubriera el retrato de ella que le robó el escritor, y que le hizo firmar con su nombre de Virginia... Una oleada de felicidad le llenó el espíritu. ¡Qué extraño era todo lo que sucedía! ¡Quién le hubiera dicho que a pocos kilómetros de la casa de tía Carolina vivía la joven rubia del retrato...!

Leñía que contestar algo.

—Lo siento —dijo—. No sabía que le había quitado a usted nada. Perdóneme..

Y rápida como un muchacho corrió a donde estaba su caballo y saltó sobre él. Se alejó a galope tendido.

¡Qué maravilloso descubrimiento había hecho! Arnold había dejado a su novia. ¡Aquella había sido su novia! Sin duda huyó de su lado para romper con Sally. Pero..

Y aquí el pensamiento de Glori se hundía en un punto negro. ¿Si de verdad la quería, por qué no

le había contestado a su carta? ¿Por qué no la buscaba? Quizás inventara lo de su amor por ella para terminar con la otra. Aquel era un hombre misterioso. Pero ¡cuánto lo quería! ¡Qué pesado tener que esperar tanto para obtener el dichoso divorcio!

No quería volver a escribir a Arnold hasta no verse libre. Pese a sus discusiones con la señora Davison, en cierto modo participaba de sus prejuicios y comprendía que no estaba bien que se dirigiese a Arnold hasta no estar

legal y canónicamente descasada.

Los Peters observaron un cambio brusco en la fisonomía de Glori. Durante el almuerzo parecía como ausente.

Le hacían preguntas a las que no contestaba.

—¿Le pasa a usted algo, Mrs. Mandel?, interrogó solícito el administrador.

—Sí —contestó la muchacha—. Me pasan muchas cosas.

La contestación no satisfizo del todo a los que la oyeron...



LA PRIMERA CARTA



n Hampton Park se esperaba con impaciencia las noticias de Glori Dunn. Ella había prometido escribir a la señora Davison con cierta regularidad. Peters, por su parte, estaba encargado de avisar a la muchacha de la marcha del divorcio.

Hacia una semana de la partida de Glori cuando el cartero llevó a la casa de campo sus primeras noticias.

—¡Carta de Mrs. Mandel!, gritó el señor Peters a su hija, que estaba a la sazón atendiendo a Mr. Davison, que la acompañaba durante las vacaciones.

El práctico y su mujer acudieron prontos a la llamada de Peters y se dispusieron a escuchar

la lectura de la primera carta de Glori.

El administrador carraspeó antes de empezar:

“Queridos amigos —comenzó a leer—: Como ven no me olvido de ustedes, aunque más me valiera olvidarme pues me recuerdan todas las cosas desagradables que me pasan. El viaje es maravilloso, el barco encantador, con muchas comodidades y una piscina donde me paso la mañana en remojo.”

Aquí la que carraspeó fué la señora Davison, pero no para aclarar la voz, sino para aclarar su concepto sobre lo que está bien y lo que no está bien.

Peters siguió la lectura:

“Parece ser que la excursión

durará más de lo que estaba anunciado. A la salida hemos perdido nada menos que dos días por la dichosa niebla. Pero fué delicioso. Aquellas dos noches parecía que íbamos a chocar de un momento a otro con algún barco, o con algo, y esto era emocionante. Pero para desgracia del señor Mandel no sucedió así, y aquí me tiene todavía vivita y coleando. Por favor díganme qué hay de ese asunto de la anulación del matrimonio. Cada día me pone más nerviosa y de peor humor la situación disparatada en que estoy. Espero sus noticias.

Cuidese, Mr. Peters, de sus carteros. Piense en mí para esto. Usted es la única persona que tengo por quien preocuparme si se acatarra o no. La generalidad de las gentes cuentan con un número más crecido de personas en quien pensar. De la señora Davison, no digo nada porque goza de una buena salud que cierta Lady W., que yo conozco, juzgaría de mal tono.

Los abraza,

P. D. ¡Ah, se me olvidaba! Creo haberles oído decir que el señor Davison iría a pasar unos días con ustedes. Si es así, dénele mis recuerdos.

A William que cuide de mi caballo. Repítanselo todos los días porque es muy olvidadizo y un poco tonto. Estoy segura de que si el caballo fuese el encargado de darle de comer a él, pondría más cuidado.”

—¡Voiá! — exclamó el señor Peters doblando el pliego.

—¿Ya se ha acabado —preguntó irónica su hija—? Esa postdata parecía interminable. ¡Menos mal, querido Adolfo —esto lo dijo dirigiéndose a su marido—, que a última hora se ha cordado de tí y de su caballo!

Adolfo rió satisfecho. Había tenido ocasión de ver a Glori alguna vez y la encontraba muy simpática. Además, sabía que equipararlo a su caballo significaba una alta estimación en el concepto de

Glori. Mrs. Mandel.



XXIX

PREPARANDO UN BAILE

No había mentido Glori en su carta a los Peters. El crucero resultaba encantador. Los compañeros de viaje eran gente animada y alegre. El tiempo maravilloso de primavera ayudaba al éxito de la excursión. No se podía pedir más. Es decir, solo una cosa habría podido pedir Glori y también ésta le fué concedida por el destino...

Aquella mañana llegaban a puerto. Ya venían haciendo el camino de vuelta y nadie quería acostumbrarse a la idea de que les quedaban ya solo tres días de navegación. Del grupo de los más jóvenes surgió la idea de organizar un baile de disfraz para aquella noche. La idea fué generalmen-

te bien acogida. Los viejos americanos son tan animados para estas diversiones como pueden serlo los jóvenes, y pronto estuvo organizada la fiesta.

Glori había hecho amistad con una familia muy agradable de Florida apellidada Gordon, compuesta por un matrimonio de edad y dos hijas solteras. A nadie había dicho su calidad de casada a medias, y la trataban como a una muchacha más. Emily y Kettý eran sus inseparables. A ellas se juntaba un grupo de muchachos, y a todos llamaba mucho la atención la esquividad de Glori para con los galanteos de los hombres.

—¡En el fondo soy tan ñoña como la señora Davison! —se de-

cia para sí—. ¡No se merece el tonto de Mr. Mandel que le guarde tantas consideraciones!

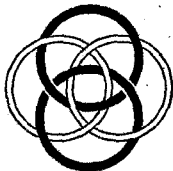
Pero no lo hacía por él, sino por ella. Aunque no le pareciese que estaba casada, tampoco le parecía que estaba soltera, y le mortificaba la idea de flirtear como sus amiguitas.

—Tenemos que buscarnos unos disfraces muy seductores —dijo Kety acercándose a Glori—. ¿Tú cómo piensas vestirte?

—Todavía no tengo nada re-

suelto—contestó—. Pero podemos buscar en mis baúles algo verdaderamente extrafalarío.

Ambas muchachas bajaron al camarote de Glori y allí compusieron un disfraz muy original. Era una mezcla de traje de bailarina de la época de Chopin y de vestal clásica. Con semejante atavío estaba la muchacha tan sugestiva que hizo brotar un “¡Ahhh!” de admiración cuando apareció en el salón de baile.





UN NUEVO VIAJERO



os organizadores de la fiesta a bordo habían derrochado ingenio en la decoración de la sala de baile: Improvisados farolillos venecianos colgaban de extremo a extremo de las paredes, y guirnaldas de papel daban un aspecto alegre y primaveral a la fiesta.

Se habían colocado las mesas distribuidas, alrededor de la pista de baile, y ya empezaban a ser ocupadas por los pasajeros.

El mar también parecía haberse puesto de acuerdo con los organizadores. Estaba tranquilo como un lago y no se notaba el menor movimiento.

Glori se había instalado en la mesa de los Gordon con un cre-

cido grupo de pasajeros. Eran muchos los muchachos que solicitaban bailar con ella, pero siempre se negaba con cualquier pretexto. Pensaba con ilusión en que ya la faltaban pocos días para volver a sentirse libre. ¿Qué sería lo primero que haría al recobrar la libertad? Ya lo tenía pensado. Escribiría de nuevo a Arnold. Su carta quizás no le llegó nunca. El inesperado encuentro con la rubia Sally en los bosques de Hampton Park había abierto una rendija en sus esperanzas.

Los allí reunidos no quitaban los ojos de la puerta del salón por donde iban penetrando sus compañeros de viaje, casi todos ataviados con extravagantes disfraces.

Acogían su aparición con aplausos o risas o murmullos de admiración.

El hombre que traspuso la puerta en aquel momento no era conocido de nadie. Así se lo dijo Mrs. Gordon a Glori.

—Ese caballero es nuevo —exclamó—. Debe haber subido esta mañana a bordo.

Glori volvió la cabeza para cerciorarse de lo que le decía su amiga y poco le faltó para lanzar un grito.

Aquel nuevo viajero no era otro que el mismísimo Arnold Fischer.

Miró Arnold para todos lados como buscando hallar alguna cara conocida. No tardaron en tropezar sus ojos con aquella muchacha a la que había llamado "su Virginia". El estupor y la alegría se reflejaron en su rostro. Pero pronto cambió su semblante. Recordó los lazos que le unían a una mujer desconocida y volvió a maldecir la hora en que se le ocurrió hacer traición a su único amor verdadero.

Se cruzaron las miradas de Glori y de Arnold. Ella esperaba que se le acercase inmediatamente, y se sintió decepcionada cuando vió que huía de ella. Sus compañeros de mesa notaron aquel correo de miradas y la inusitada turbación de la muchacha.

—¿Qué te pasa?, interrogó Kety.

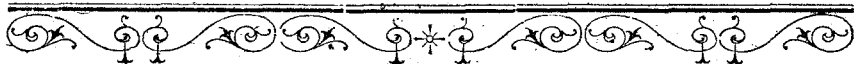
—Nada—, contestó ella—. Vosotros siempre estáis pensando que a mí me pasa algo.

Y era verdad. Los compañeros de viaje de Glori habían notado algo misterioso en aquella jovencita alegre y voluntariosa.

—Me pareció—aclaró Miss Gordon—que al ver al nuevo viajero te habías desconcertado.

—Fué una confusión— mintió entonces Glori—. Al pronto se me pareció extraordinariamente a un antiguo conocido. Pero me había equivocado.

De sobra sabía que no se había equivocado. Aquel era Arnold Fischer en cuerpo y alma. ¿Por qué huía de ella?



XXXI

45 Y 72

Glori tenía el camarote 45 que daba a la cubierta B. El que le había correspondido a Arnold era el 72, bastante alejado del de la muchacha pero con salida a la misma cubierta.

Cuando Arnold salió del salón de baile, profundamente impresionado, por el descubrimiento que había hecho en aquel pasaje que esperaba que le resultaría indiferente, se dió un largo paseo por cubierta y meditó sobre el particular. De sus meditaciones sacó el convencimiento de que debía acercarse a Virginia. Su extraño matrimonio no podía ser de ningún modo un obstáculo. A más tardar, dentro de semana y media ya sería libre de nuevo y podría esco-

ger a la mujer que quisiera. Tiró por la borda el cigarrillo que estaba fumando y se dirigió de nuevo al salón. Lo primero que hizo al entrar fué dirigir los ojos hacia la mesa donde había visto a Glori. Con profundo disgusto comprobó que ya no estaba allí. La buscó luego entre las parejas que bailaban. Tampoco la halló. Ni en el *fumoir*, ni sobre cubierta. ¿Dónde se habría metido? ¿Por qué huía de él? Pasó por su imaginación la idea de que estuviese casada.

—¡A lo mejor aquel muchacho que estaba sentado junto a ella era su marido!

Sus pensamientos recorrieron toda la gama de las suposiciones. Esperó hasta ver languidecer el

baile y luego, descorazonado por no encontrar a la muchacha, se refugió en el camarote. Pensó que al día siguiente, antes de desembarcar en el puerto donde tenía que quedarse, encontraría ocasión de hablar con ella.

El camarote 72 era caluroso. No habían podido darle otro por estar el barco totalmente ocupado, y aquel lugar resultaba de lo más incómodo en época de calor por hallarse cercano a las calderas. Por otra parte, Arnold se hallaba tan agitado que cualquier temperatura le habría resultado sofocante.

Daba vueltas en la litera, inquieto porque corrieran las horas y llegase el nuevo día. A cada rato encendía la luz y consultaba el reloj. Lo tenía que acercarse a su oído para cerciorarse de que estaba en marcha. ¡Tan lento le parecía el paso del tiempo!

Serían las dos de la madrugada cuando saltó de la cama y poniéndose una bata se dispuso a salir a cubierta. ¡Se le hacía insostenible resistir un minuto más en aquel ambiente del camarote! Pensó que paseando y recibiendo el

aire del mar se tranquilizarían sus nervios...

Glori, al ver que Arnold huía de ella y se iba del salón de baile, sintió una gran rabia. Tenía la muchacha amor propio grande y, en cualquier detalle, veía una humillación o un desaire. Esperó cinco minutos, que le parecieron media hora, hasta ver si volvía a entrar el escritor. Al cabo de tan corto plazo exclamó dirigiéndose a sus acompañantes:

—Creerán ustedes que no es verdad, pero me encuentro mareada. Es una tontería marearse con una noche como esta. Yo soy un poco particular para esto. Resulto una gran marinera en los momentos difíciles y a lo mejor en un día de buen tiempo me pongo mala.

Aquello no dejó de extrañar a los que lo escucharon. Durante la travesía Glori no se había sentido mareada ni una sola vez, y eso que hubo días de bastante movimiento. ¡Aquella muchacha acababa de inventar un estupendo pretexto! Este fué el convencimiento que sacaron todos al oír su declaración.

Glori se levantó y dijo que iba a su camarote, que si más tarde se

encontraba aliviada volvería a la fiesta.

—¿Quiéres que te acompañe?, interrogó solícita Ketty.

—No hace falta—contestó Glori—. Esto se me pasará pronto seguramente. No quiero que por mi culpa te pierdas un momento del baile.

En aquel instante se acercaba un muchacho a invitar a bailar a Ketty y esta aceptó.

Cuando Glori entró en su camarote número 45 estaba de bastante mal humor.

—Es grosero hacerse el desconocido con una persona que se conoce, dijo en voz alta, que era como solía hablar cuando estaba sola y quería desahogarse.

—Más vale así—pensó luego—. Hasta que no me quite de encima la carga de este absurdo matrimonio, prefiero no encontrarme con Arnold. Tendría que contarle lo que me pasa y esto me molesta...

Pero en el fondo de su alma no era completamente verdad aque-

llo. Hubiese deseado ver de nuevo al escritor y hablar con él. Sentía que había algo de pecaminoso en dialogar con un hombre al que quería, mientras siguiese sopor-tando el nombre, que nunca pensaba usar, de Mrs. Mandel. Pero le dominaba el deseo de verlo.

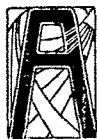
Se quitó pausadamente el historiado disfraz y lo colocó en el armario. Pensó que "él" la había visto con aquel precioso traje y esto no dejaba de agradaarle.. Una vez en la cama no pudo conciliar el sueño. A cada momento se aparecía en su mente la imagen de Arnold y le parecía sentir de nuevo sobre su mejilla el beso que ella misma le pidiera un día.

Encendió la luz repetidas veces, bebió agua. Encendió un cigarrillo que tiró al punto... Con nada lograba calmar su nerviosidad. ¡Cuanto tardaba en llegar el nuevo día!

Serían las dos de la madrugada cuando se puso una ligera bata y salió sobre cubierta para despejar su cabeza....



SOBRE CUBIERTA



Arnold vió cómo una sombra blanca avanzaba hacia el rincón donde él se había refugiado con sus encontrados pensamientos...

Era una noche de luna llena, muy clara, y le fué fácil descubrir quién era aquella figura nocturna cuando la tuvo más cerca.

—¡Virginia!—exclamó—. Dígame si estoy soñando o es verdad que está usted aquí.

—Es verdad—contestó ella, que se hallaba también muy sorprendida—. Pero no debía serlo. Salí pensando que me encontraría sola.

—¿Le molesta mi presencia?, preguntó el muchacho.

—No he dicho eso —exclamó

Glori—. Usted sabe que no... en cierto modo...

—¿Por qué en cierto modo?

—Eso no voy a decírselo así como así. Ya he tomado bastante fresco y me vuelvo a mi camarote.

—Nada de eso —interrumpió el escritor—. Antes quiero decirle algo.

La muchacha esperó a que él hablara:

—Recibí su carta hace unos días. Ha tardado mucho tiempo en llegar porque no me encontraba en Nueva York entonces. ¡Cuánto le he agradecido lo que me decía en ella! ¿Puedo pensar que no se ha arrepentido de haberla escrito?

—Puede pensar que sí...—contestó ella—. Es decir: nunca me

arrepiento de lo que hago. La lástima es que haya llegado tan... tan tarde.

—¿Demasiado... tarde?

—Esa es la palabra—respondió Glori—. Siempre he odiado esa frase de “demasiado tarde” cuando la he leído en alguna novela. Pero ahora me convenzo de que tiene cierto significado en la vida.

El escritor la oyó sorprendido. Aquella aparición de la bata de muselina blanca, en nada se parecía a “su Virginia” de Alsbrand House. La muchacha se mostraba reservada y seria. ¡Cuán o habría dado por verla reír alegremente, y decir disparates, como en aquel Noviembre inolvidable!

Un silencio cargado de dudas y sospechas se abrió entre los dos.

Glori lo rompió con una de sus acostumbradas frases.

—Ha sido usted muy tonto al huir de mí esta noche, cuando entró en el salón de baile. No crea que el haber recibido mi carta lo compromete a nada...

Y luego, cambiando de tono, agregó:

—¿Cómo se encuentra Sally?

Axel la miró asombrado.

—¿Conoce usted a Sally? ¿Por qué me pregunta por ella?

—Sí, la conozco—respondió la chica—. Es una muchacha muy linda.

—Sí, muy linda, contestó gravemente el joven.

—¿Usted la quiere?

—No me diga cosas así, Virginia—rogó él—. Ya sabe que la única que quiero es a usted. Parece mentira que todavía no lo sepa.

El rostro de Glori se iluminó. ¿Era cierto que la quería? ¡Qué dichosa se sentía por ello! No tan dichosa que olvidase el obstáculo que representaba para aquella escena su absurda boda con un desconocido.

—¿Por qué entonces—preguntó vivamente—huyó usted de Alsbrand House?

—No puedo decírselo... todavía—contestó él—. Tampoco usted me ha dicho por qué es “demasiado tarde”, como en las novelas.

—Tengo el mismo derecho de reservarlo, pero prefiero decirle la verdad. Estoy... comprometida.

—¿Va usted a casarse?, preguntó él con ansiedad.

Glori hizo un silencio que Arnold tomó por un asentimiento.

—¿Con aquél Robert?

La muchacha sintió la tentación de mentir. No quería por nada del mundo confesar en aquel momento a Fischer el fracaso de su matrimonio por poder. Se sentía humillada con aquel engaño ridículo.

—Con Robert, sí, contestó poniéndose muy colorada por la mentira.

—¿Y se casará usted con él?

—No—respondió ella con viveza—. No me casaré sino con Arnold Fischer.

Cuando acabó de decir aquella frase se sintió un poco turbada. ¡Que pensaría la señora Davison si se la hubiese oído! “Soy una especie de señora Davison” se dijo a sí misma. La verdad es que le parecía que acababa de cometer el peor pecado del mundo.

Arnold no era de la misma opinión. Se sentía el ser más dichoso.

¡Qué felicidad inesperada le había deparado el destino al hacerle volver a su casa en aquel barco de turistas! Vió la mano de Dios en su decisión al elegir el buque.

Glori, un poco asustada de sus palabras, trató de despedirse.

Arnold la sujetó por ambas manos y no la dejó marchar.

—No me deje ahora—le dijo—. No puedo quedarme solo con tanta felicidad. Si se me vá tan pronto me parecerá que todo ha sidó un sueño.

Glori insistió. Era demasiado tarde y sentía frío con aquella ligera bata. Arnold accedió.

—Hasta mañana, dijo ella entrando en su camarote.

—Encuentro—exclamó él, plagiando una frase de su Virginia en los días de Alsbrand House—que estaría muy bien que nos besáramos.

Peró Glori, ahora, no era de la misma opinión.





LA SEGUNDA CARTA DE GLORI



a marchaban camino del fin los trámites de la anulación del matrimonio de Glori Dunn y Axel Mandel, Peters y su hija calculaban que cuando llegaran a Boston el marido y la mujer, ya todo estaría dispuesto para el fallo.

Glori había prometido escribir mucho, pero no cumplió muy fielmente su promesa. Después de aquella primera carta, no se había vuelto a saber de ella más que a través de algún que otro radio láctónico y "excesivamente alegre", según opinión de Mrs. Davison.

Por eso, aquella mañana en que llegó su segunda carta todos se quedaron sorprendidos.

—Creí que no volvería a acor-

darse de escribirnos, comentó la hija del administrador.

—Pues es una carta muy larga —exclamó Peters—. Por poco llega al tiempo que ella.

—Lee en voz alta—insinuó la Davison— ¡Ven acá Adolfo! ¡Deja el periódico un momento.

Los tres habitantes del palacio de Hampton Park se sentaron junto a la chimenea para escuchar la lectura.

"Queridos míos", comenzó el lector.

—Demasiado cariñoso encuentro eso, comentó su hija.

"Soy una mujer feliz—continuó leyendo, Peters—. Por favor les pido de rodillas que activen esos engorrosos asuntos de la anulación de

mi boda. Hasta ahora había aguantado esta situación horrible con cierta paciencia, pero ya se me hace inaguantable”.

La mujer del práctico carraspeó muy significativamente.

—“Figúrense que he encontrado a bordo a Héctor...”

—¿Quién es Héctor?, preguntó Peters.

La Davison contestó a esa pregunta muy orgullosa de la sensación que iban a causar sus palabras.

—Un día me confesó que un tal Héctor era “el amor de su vida”. Supongo que será el mismo.

—¡Caramba! —, comentó el práctico—. ¡Caramba con esta muchacha!

—No digas ordinariieces, Adolfo —ordenó la hija de Peters—. La cosa no tiene la menor gracia. Es más bien un motivo para entristecerse. Si señor, para entristecerse. Esa “señora” está poniendo en ridículo el nombre de Mr. Mandel.

—¡La culpa se la tiene él! —, insistió Davison—. ¡A quien se le ocurre dejar plantada a una muchacha, sin siquiera mirarle a la cara! ¡Y que me apuesto cualquie-

ra cosa a que si le mira a la cara cambia de opinión!

—Basta—atajó la señora Davison, en tono de superioridad—. Oigamos el final de esa carta. Sigue, papá.

El padre obedeció:

“Necesito mi divorcio inmediatamente. ¡Lo más pronto posible!”

Vuestra amiga que os quiere mucho

Glori”.

—Nunca se ha mostrado tan cariñosa, volvió a observar aquella mujer difícil de contentar.

—Falta la postdata, advirtió Peters.

—Siempre tiene que poner una postdata—exclamó su hija—. Será seguramente recomendando que William cuide de los animales y que yo cuide de Adolfo y de papá.

—No—rectificó el administrador—. Dice así: “Se me olvidaba decirles que les invitaré a mi boda dentro de muy poco tiempo. Pero esta vez será una boda de verdad. Naturalmente”.

—¡Si la señora Mandel viese cómo coquetea su hija política! ¡Si la señora Mandel leyera esta carta! ¡Si la señora Mandel...!

Davison interrumpió a su mujer.

—La señora Mandel no diría nada. Parece que se te ha olvidado ya cómo era la señora. Su hijo se ha portado muy mal con esa muchacha. Eso sí que lo sentiría la buenísima señora Mandel.

—Te noto demasiado hablador hoy, Adolfo.

Este fué el último comentario de la señora Davison, que estaba acostumbrada a que su marido la oyera a ella su inacabable charla, pero no a soportar la recíproca.



NOTICIAS DESAGRADABLES



Después de aquel encuentro extraordinario, a la mañana siguiente, Axel Mandel, o lo que es lo mismo, Arnold Fischer, estaba muy contento. Las noticias que recibiera antes de salir de Texas sobre el asunto de su divorcio le hacían esperar que todo se solucionaría en pocos días.

Glori tenía los mismos motivos para estar alegre.

Cuando se encontraron sobre cubierta, a las siete de la mañana, se saludaron muy contentos.

—¿Ha dormido usted bien señor escritor?, preguntó la muchacha.

—He tenido tantos sueños que me parece que no he descansado.

—Supongo que habrá soñado

conmigo..., insinuó Glori con una sonrisa.

—Naturalmente—contestó él—. Mi sueño fué tan claro, que al despertarme no sabía si nuestro encuentro de anoche formaba parte también de lo soñado.

—Ya ves que no—exclamó ella—. No soy ninguna aparición.

El cogió ambas manos de la joven con pasión, como para cerciorarse de que en efecto no estaba alucinado.

El barco tocó en un nuevo puerto. Axel saltó a tierra para recoger su correspondencia en Lista de correos.

En efecto, le esperaba un buen montón de cartas que le habían

sido retransmitidas desde Texas según sus instrucciones. Le interesaba estar bien al corriente de sus asuntos por las noticias de Peters.

Lo primero que abrió fué una carta que venía de Boston, aunque no le pareció reconocer la letra del administrador. Le llamó la atención el que estuviese firmada por su hija, la señora Davison. Comenzó a leerla con interés. No tenía la menor simpatía por aquella señora, cuarentona y entrometida. ¿Qué tendría que decirle a él en aquella ocasión?

La carta decía así:

"Mi querido señor Mandel: Perdóneme que me dirija a usted por delicados motivos que comprenderá al leer estas líneas. El entrañable cariño que profesé siempre a su querida madre (q. e. p. d.), me llevan a comunicarle las noticias que he recibido sobre un asunto que le interesa.

Sabrá usted que mi padre y yo sostenemos frecuente correspondencia con su esposa. Pues bien, en la última carta de ella nos habla de algo que creo mi deber notificarle. Su mujer lo pone en evidencia coquetèando con un anti-

guo novio al que según frase suya "adora". ¡Figúrese que hasta nos tiene invitados a su próxima boda!

He juzgado que debo decírselo inmediatamente para que se traslade aquí lo antes posible. Creo que es urgente que se ultime su divorcio. Como en su última nos hablaba de que se detendría aquí para asuntos de sus negocios, me parece oportuno indicarle que si le es posible no se detenga y venga lo antes posible.

Su affma. amigo.

M. Davison".

"P. D. "Muchos recuerdos de mi padre y de mi marido".

La señora Davison había criticado mucho las postdatas de Glori, pero en el fondo las encontraba de "buen tono" y se disponía a copiarle su estilo epistolar.

A Axel le molestó mucho aquello. Todo hombre se siente celoso y enfadado en estos casos. ¡Aquella desconocida señorita Glori se atrevía a ponerlo en ridículo!

Lo malo es que no podía de ninguna manera prescindir de detenerse antes de llegar a Hampton

Park, para entrevistarse con sus jefes.

Cuando volvió a bordo, Glori le notó preocupado.

—¿Qué tienes?—le preguntó—.

¿Has recibido malas noticias?

—Sí—contestó él—. Muy malas noticias.

—¿De tus negocios?

—Sí..., mintió Axel.

Aquella noche tenían que separarse.

Ya Glori sabía que había de desembarcar su "adorado Arnold", pero que no tardaría en reunírsele en Boston.

El muchacho no pudo apartar de su imaginación, en toda la tarde, aquella noticia de que su mujer flirteaba con otro. Odiaba instintivamente a aquel sujeto desconocido.



SEPARACION



legó el momento de despedirse.

—Tengo miedo de dejarte—exclamó Arnold—. Me parece que separándonos nos va a costar mucho trabajo encontrarnos otra vez. ¡Quien sabe si ese dichoso Robert será capaz de conseguir que te cases con él!

—No temas—contestó riendo ella—. Ya sabes que voy a romper con... Robert. Mucho me temo que ya no podrás escapar de casarte conmigo...

—Tengo celos—continuó Axel.—No puedo consentir que a estas horas haya un sujeto que se llame pomposamente tu "novio".

Glori enrojeció. ¡Si Arnold supiese que había un sujeto que se

podía "llamar pomposamente su marido"!

Sintió remordimientos por no haberle contado su secreto, pero se consoló imaginando que ya sólo le quedaban unos cuantos días para alcanzar su libertad y que entonces su futuro y verdadero marido lo sabría todo...

La muchacha le dió las señas del hotel a donde iba a parar, advirtiéndole que no se presentara sin avisar por evitar un encuentro con Robert.

Ella misma se sorprendía de verse tan mentirosa. Lo que le interesaba era que no se descubriese su situación humillante y absurda antes de tiempo...

Glori acompañó hasta la escala a Mandel y allí se despidieron.

Las señoritas de Gordon se acercaron a Glori preguntándole.

—¿De manera que conocías a ese caballero?

—Naturalmente — respondió

ella—. No creéis que me despidió de los desconocidos.

—¿Es tu... novio?

—Sí, mi novio, contestó Glori muy orgullosa. Y por primera vez le pareció que aquella palabra "novio" era bastante bonita.





XXXVI

BOSTON

Cuando Glori llegó a Boston lo primero que hizo fué instalarse en un hotel y telefonar a los Peters. No quería por nada del mundo ir a Hampton Park donde imaginaba encontrarse con su falso marido, al que odiaba.

El administrador y su hija se presentaron inmediatamente. El viejo llevaba su cara impasible de siempre, pero la señora Davison levantaba la barbilla: exajeradamente, con un gesto que ella consideraba de la máxima dignidad. En todos sus movimientos hacía notar su desagrado de tener que tratarse con aquella muchacha alocada. Estaba tan digna, que ni siquiera saludó a Glori.

—¿No me saluda usted?, preguntó risueña la muchacha.

La Davison contestó con una profunda inclinación y volvió a colocar la barbilla en el lugar donde le correspondía.

—¿Qué tal, Peters?—continuó entonces Glori—. ¿Han recibido ustedes mis cartas?

Un sí salido de lo más profundo de su ser fué la contestación de la hija del administrador.

—¿Y que me cuentan?—tornó a preguntar la joven— ¿Ha llegado ya mi... marido?

—Todavía no—contestó Peters—, pero debe estar al llegar. Nos ha anunciado que no tardará.

—¿Va todo bien?

—Perfectamente. Ya tenemos

la anulación canónica y solo nos falta la firma de ustedes en el divorcio legal.

—Yo estoy dispuesta a ponerla ahora mismo — exclamó con prisaa la muchacha—. Cuanto antes, creo que será mejor.

—Cuanto antes, creo que será mejor, afirmó como un eco lúgubre la voz de la Davison.

—Es necesaria la presencia de los dos—informó Peters—. Han de firmar ambos cónyuges, al mismo tiempo, ante el juez.

—Comprendido: un careo, repuso Glori con gesto de disgusto.

Aquella palabra le parecía malsonante.

—¿Es necesario entonces que vea la cara de... ese señor?

—No hay más remedio.

Glori se resignó. Luego hizo preguntas de otra índole a sus visitantes.

—¿Han dado bica de comer a mi caballo?

—Sí señorita, contes!ó Peters.

—¿Le han comprado de la mejor alfalfa, como dije?

—Así se ha hecho.

—Supongo, querido Peters, que habrá sacado usted el dinero del millón.

Peters declaró que no lo había hecho así. Juzgó que mientras llevase el nombre de Mrs. Mandel debían correr sus gastos sobre el capital de éste.

—¡De ninguna manera!—protestó la muchacha—. No quiero que luego me eche en cara la alfalfa de mi pobrecito caballo. Separe lo que sea de mi millón.

Hay que advertir que desde la muerte de Mrs. Carolina Mandel, Peters era el depositario y administrador del famoso millón de Glori Dunn.



VISPERA DE LA LIBERTAD



Mandel llegó a Boston, y lo primero que hizo fué llamar por teléfono a Glori a su hotel.

—No vengas todavía—le advirtió ella—. Ten paciencia por unos días. Llámame pasado mañana.

El muchacho ardía en deseos de ver a Glori, pero encontró oportuno aquel aplazamiento, pues sus asuntos también requerían que los atendiese en primer lugar.

Su llegada a Hampton Park le impresionó vivamente. Aquella casa donde había pasado su infancia le traía, en cada rincón, el recuerdo de su madre, de cuya muerte no había logrado consolarse.

En la soledad de su alcoba sintió remordimientos por no haber

acatado su voluntad en el asunto de la boda. Para disiparlo acudió a su memoria la carta de la señora Davison. Mrs. Mandel debió estar equivocada. Aquella muchacha que firtaba a más y mejor antes de saber la sentencia de su divorcio, no era precisamente el ideal de nuera que habría soñado Carolina. Por otra parte, ¡se le aparecía la figura de Glori, tan sugestiva! ¡Aquella sí que era una nuera que ni fabricada especialmente! ¡Cómo echaba de menos la presencia de su madre en aquellas visperas de su felicidad completa!

Los Peters le pusieron al corriente de la marcha del asunto. Todo estaba dispuesto para que compa-

recieran ambos cónyuges, al día siguiente, a presencia del juez.

El ambiente, poco favorable a Glori Dunn, que encontró en Hampton Park, le llevó más sosiego a su ánimo. ¡Que absurdas le resultaban las cartas apremiantes de Mrs. Mandel instándole para que se casara precipitadamente! Llegó a pensar en que su madre, poco tiempo antes de morir, había perdido sus facultades mentales. El médico había dicho que pereció víctima de un ataque al cerebro. Seguramente andaba mal desde tiempo atrás, y el fruto de su enfermedad había sido esa boda disparatada...

Solamente el práctico Davison se mostraba encendido partidario de la esposa desconocida.

—Mis Glori es un encanto—decía sin recatarse de las ásperas miradas de su mujer, ni de los no menos ásperos sentimientos de Axel sobre el particular—: guapa, alegre, graciosa.

—Sí, alegre, comentaba entonces su mujer dando toda la intención posible a sus palabras.

Y notaba que con estas observaciones se captaba las simpatías

del dueño de la casa. Era como darle la razón en su decisión de separarse de aquella muchacha. Peters era más reservado. Miss Dunn le había parecido como todas las muchachas modernas: una mezcla de pedantería y de ignorancia.

—Eso es—afirmaba la mujer del práctico—. Una horrible mezcla.

Axel estaba impaciente porque llegase de una vez el momento de su libertad. Y también porque hubiese pasado el enojoso momento de verse cara a cara con una mujer a la que había despreciado abiertamente

Aquella primera noche en Hampton Park durmió mal. Por una parte, el recuerdo de su madre que se le había avivado extraordinariamente en presencia de los rincones queridos, y por otra un sentimiento más optimista y más intenso todavía: la proximidad de su dicha al lado de Virginia.

Por primera vez durante todo aquel tiempo se le puso en la mente una interrogación: ¿Quién era Virginia?

Ella le había dicho que su padre

fué marino y que murió hacía tiempo. Nada más sabía acerca de sus antecedentes. Le preguntó el apellido y también se lo negó. ¿Por qué era tan misteriosa? ¡Oh, seguramente por hacerse más in-

teresante! Por lo visto se figuraba que a la imaginación novelesca de un escritor le agradaban aquellas cosas.

Se durmió pensando con insistencia: ¿Quién será Virginia?





XXXVIII

DIVORCIO



Glori le habían avisado que tenía que presentarse en el Juzgado a las 11 de la mañana para firmar su conformidad en su pleito de divorcio.

Se vistió con esmero y prontitud y alquiló un taxi con mucha anticipación. No quería que por nada del mundo se le pasase la hora señalada para recibir la libertad.

Boston le pareció aquel día la ciudad más bonita del mundo.

—Nadie sabe que voy camino de la felicidad, se decía a sí misma.

Cuando llegó al juzgado era todavía temprano y la hicieron esperar sentada en un banco incómodo. Los allí presentes, gentes de oficina y pequeños empleados, se admiraban de que hubiese un

hombre capaz de divorciarse de una persona tan linda y atractiva. Los ojos verdes de Glori, despidiendo alegría y esperanza, estaban más bellos aquel día que lo estuvieron nunca.

Antes de salir del hotel había hablado por teléfono con Axel y le había pedido que le deseara buena suerte.

El dijo "good luck" y se quedó preguntándose para que necesitaría su Virginia buena suerte aquella mañana.

Poco tardaron en llegar los Peters que iban en calidad de testigos. Saludaron friamente a la muchacha y se sentaron junto a ella, sin hablarle.

Al cabo de unos momentos se

abrió la puerta y apareció un nuevo personaje.

Glori, al reconocer a Arnold, contrajo un "¡Ah!" de sorpresa. Los Peters se volvieron hacia ella extrañados. La señora Davison se regocijaba al imaginar la ira de la muchacha por haberse perdido un marido tan seductor.

Glori pensó:

—Arnold ha descubierto todo sin duda; ¿qué buscará aquí?

Axel pensó: .

—Virginia sabe la verdad. ¿A qué se debe su presencia?

Luego se acercó a los Peters muy turbado y los saludó. A Glori no se atrevió más que a hacerle una inclinación de cabeza. Ella contestó del mismo modo.

A Glori no le cabía en la cabeza la amistad de Arnold con los administradores de su marido. ¿Qué iba a pasar cuando se enterase de que lo había engañado? Más valía contárselo ella y no esperar a que la imprudente Mrs. Davison la pusiera en evidencia con sus indiscreciones.

Se dirigió al escritor y le dijo, con cierto temblor en la voz:

—Quisiera hablar con usted.

Los Peters se miraron muy extrañados. ¿A qué venía ese deseo de Glori de hablar con su marido?

Ambos jóvenes se alejaron unos pasos del grupo y Glori comenzó a hablar:

—¿Por qué has venido aquí? ¿No comprendes que tu presencia es inoportuna? Márchate al momento.

Axel no comprendía. En su pensamiento llevaba las mismas preguntas para hacérselas a ella.

Se abrió la puerta de la sala y la voz de un ujier llamó:

—Mrs. Gloria Mandel.

La muchacha obedeció a aquella llamada y adelantó unos pasos. Axel la detuvo para preguntarle:

—¿Por qué acudes tú? ¿No has oído que llaman a Gloria Mandel?

—¡Gloria Mandel soy yo!, exclamó entrando en la sala.

Axel creyó que la tierra le faltaba bajo los pies. ¿Qué era lo que había oído? Glori Dunn, su mujer repudiada, y Virginia, su adorada novia, eran una misma persona.

La voz del ujier sonó de nuevo.

—Señor Axel Mandel.

Axel entró en la sala.

Entonces fué Glori la que lo miró con asombro.

—¿Este señor es Axel Mandel?, preguntó al juez.

—Sí, querida, soy yo, contestó apasionadamente Axel.

Cuando el juez preguntó a aquel matrimonio si estaban conformes en divorciarse, ambos contestaron que no. Y los allí presentes pensaron que les habían hecho perder

el tiempo inutilmente, o que se estaban riendo de la justicia.

Peters y los Davison, cuando vieron salir a la pareja estrechamente unida, se quedaron atónitos.

El Administrador y su hija no hallaban explicación a aquel hecho sorprendente. En cambio Davison, de mentalidad más simple, exclamó convencido:

—Ya decía yo que en cuanto viese la cara de la chica, desistiría del divorcio.



ÍNDICE

PÁGINAS

I. — «Educación»	5
II. — «Sir Donald Grey»	8
III. — «Llegada inesperada»	10
IV. — «El equipaje de Miss Dunn»	13
V. — «El corazón de Glori»	16
VI. — «Glori tiene sus amistades»	18
VII. — «Huyendo del amor»	21
VIII. — «Paseo a caballo»	23
XI. — «Noviembre»	28
X. — «El peligro»	31
XI. — «Decepción»	31
XII. — «Otra carta»	36
XIII. — «Descubrimiento»	38
XIV. — «Accidente»	41
XV. — «Un documento trascendental»	45
XVI. — «Aunt Carolina»	48
XVII. — «Axel Mandel»	51
XVIII. — «Viaje»	54
XIX. — «Hampton Park»	57
XX. — «El plan de Glori»	59
XXI. — «Tía Carolina hace un descubrimiento»	61
XXII. — «Carta de Texas»	65
XXIII. — «La boda»	67
XXIV. — «Desgracia»	70
XXV. — «Abandono»	72
XXVI. — «Decisión»	76
XXVII. — «Encuentro inesperado»	78
XXVIII. — «La primera carta»	81
XXIV. — «Preparando un baile»	83
XXX. — «Un nuevo viajero»	85
XXXI. — «45 y 72»	87
XXXII. — «Sobre cubierta»	90
XXXIII. — «La segunda carta de Glori»	93
XXXIV. — «Noticias desagradables»	96
XXXV. — «Separación»	99
XXXVI. — «Boston»	101
XXXVII. — «Víspera de la libertad»	103
XXXVIII. — «Divorcio»	106

AL LECTOR

«*La Novela Ideal*» es una publicación netamente española: impresa en España y dedicada, exclusivamente, a la edición de obras de autores nacionales. Los nombres extranjeros que han aparecido hasta ahora en sus portadas, son meros pseudónimos.

Los nombres de Rog Morris, Laura de Cominges y Silvia Visconti, son las firmas que, en «*La Novela Ideal*», consagran una vez más a conocidos escritores españoles.

La Dirección.

JOSE VERDUGO ACEDO

Dirección Telegráfica: "GODO"

Viera y Clavijo, 6

Las Palmas. (Canarias)

Cosechero y Exportador

de

Bananas,
Tomates,
Patatas

y

Naranjas.

La Novela Ideal

publicará

en el próximo número

PARÍS-NIZA

original

de

ROEQ MORRIS

(Autor de "City Hotel").

**"Un encuentro inesperado
en la carretera París-Niza da
lugar al autor de este libro a
relatarnos una aventura extra-
ordinaria".**

PUBLICACION EXCLUSIVA

de

La Novela Ideal

ANTONIO BONNY

COSECHERO-EXPORTADOR

TELEGRAMAS:

“CANARIO”.-LAS PALMAS.

TELÉFONO N.º 5364

CÓDIGOS } A.B.C. 5.ª EDICIÓN
BENTLEY'S

LAS PALMAS

C AÑO, 20

La Novela Ideal

es una colección mensual que solo

publica

obras de su propiedad

EXCLUSIVA

la lectura de todos

ES ADEMAS: la mejor compañía
el regalo más selecto

Novelas de interés, de intriga, de amor y de misterio,
porque *La Novela Ideal* es también la lectura
más variada.

Recuerde Ud.

sus autores favoritos:

ROCO MORRIS

LAURA DE COMINGES

SYLVIA VISCONTI

Sus obras son

PUBLICACIONES EXCLUSIVAS

de

La Novela Ideal

Número: 2 pesetas

SE PUBLICA CADA MES

Bosch Hermanos

LAS PALMAS

Casa establecida desde el año 1864, dedicada a toda clase de operaciones y representaciones.

Importación de artículos nacionales y extranjeros.

Exportación de frutos del país.

CIEL

Importaciones

Cemento, Hierro, Acero, Alambres,
Puntas París.

Exportaciones

Frutos del País al Extranjero y Península.
Casa en Londres: Dirección tel. Tradover.
Bilbao: Uribitarte, 3

LAS PALMAS

Franchy y Roca 18. Tel. 1996

La Novela Ideal



2 pesetas